

LA DIMENSION PENITENCIAL DE LA CONVERSION CRISTIANA SEGUN EL NUEVO TESTAMENTO

DOMINGO MUÑOZ

El mensaje de la conversión recorre toda la Biblia. Cuando Jesús pronuncia (Mc 1,15) «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio» recoge y actualiza dos temas bíblicos fundamentales: El reinado de Dios¹ y la conversión². Ambos están íntimamente ligados. Ambos son Evangelio³.

El Reinado de Dios que va desde el Exodo⁴, pasando por Isaías⁵ y Zacarías⁶ hasta el libro de Daniel⁷, es una clave semántica

1. Puede verse R. SCHNACKENBURG, *Reino y reinado de Dios*, Madrid, FAX, 1970 y J. SCHLOSSER, *Le Règne de Dieu dans les dits de Jésus*, Paris, Gabalda, 1980.

2. Puede verse J. GIBLET, *Pénitence*, DBS 7 (1966) cols. 628-659 (Vocabulario y Antiguo Testamento) cols. 663-687 (Judaísmo helenístico y Nuevo Testamento). Puede verse también para una visión de conjunto H. PINARD DE LA BOULLAYE, *Conversion*, en: «Dictionnaire de Spiritualité» T. II, Paris, Beauchesne 1953, cols. 2224-2265, especialmente cols. 2232-2235 (Conversión en la Escritura).

3. Para la noción de Evangelio puede verse DOVEWAARD, J. A. E. van: *Jésus s'est-il servi Lui-même du mot «evangile»?* en *Bíblica* 35 (1954), 160-173. FRIEDRICH, G. * *Evangelizomai, evangelion* en *ThWNT*, II 705-735. HUBY, J.-LÉON DUFOUR, X.: *L'évangile et les évangiles*, Paris, 1954, 93-98.

En adelante el (*) indica que se trata de autores protestantes.

4. En el Cántico de Moisés de Ex 15, la cumbre se encuentra en la proclamación «Yahvé reinará por siempre jamás» (v. 18). Los targumim desarrollan ampliamente el sentido de la realeza divina en el pasado, presente y futuro.

5. Isaías presenta ya la majestad del Dios de Israel en la visión del Capítulo 6: «He visto con mis ojos al Rey Yahvé Sebaoth». En la segunda parte del libro abunda la expresión «Yahvé reina» o «Tu Dios reina», expresión que también se encuentra con frecuencia en los Salmos que exaltan la realeza divina (93; 95; 96; 97; 99).

6. Cf. Zac 14,9 «Y será Yahvé rey sobre toda la tierra: ¡el día aquel será único Yahvé y único su nombre!».

7. El tema de la realeza divina en el libro de Daniel tiene su expresión clásica en la visión de las cuatro bestias a la que sigue el Hijo del Hombre. A El le será dado el reino (7,14.22.26-27).

para indicar una intervención regia divina, que llevará a cabo una vasta operación de limpieza por el juicio y de restauración por una nueva creación. En esa operación los malos serían castigados y eliminados y se hará justicia con los pobres y los humildes. La persona del Rey Mesías se integra (con algunas excepciones) en esa concepción como el agente divino por el que Dios lleva a cabo esa operación⁸.

El anuncio del reinado divino y, en general, la palabra del Dios santo unido por la alianza a Israel⁹, llega a los hombres con una exigencia de conversión. El mensaje de la conversión implica, de una parte, la revelación de que Dios está dispuesto, y, de otra parte, que el hombre debe «cambiar» su mente y su vida ajustándose a los mandamientos divinos expresados en la alianza y que son fuente de la verdad y de la justicia. Este doble elemento —Dios perdonador y necesidad de conversión— se encuentra ya en las tradiciones recogidas en los cinco libros de Moisés¹⁰ y de la escuela Deuteronomista¹¹. También en los escritos proféticos tanto en los del Norte

8. Cf. H. CAZELLES, *El Mesías de la Biblia. Cristología del Antiguo Testamento*. Barcelona, Ed. Herder, 1981.

9. Sobre la santidad divina puede verse P. VAN IMSCHOOT, *La sainteté dans l'Ancien Testament*, VSp 75 (1946) 30-44 y del mismo autor *Tbéologie de l'Ancien Testament I*, Paris 1954 p. 42-51. Dos obras básicas son J. DILLERBERGER, *Das Heilige im Neuen Testament*, Kufstein, 1926 y R. ASTING, *Die Heiligkeit im Urchristentum* (FRLANT, N. F. 29), Göttingen 1930.

10. Una síntesis de la dimensión del Dios amor en la Biblia puede encontrarse en A. Díez MACHO, *Fundamentación bíblica de la devoción al Corazón de Jesús*, en R. Vekemans (Ed.), «Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús», Bogotá, Instituto Nacional del Corazón de Jesús, 1983, pp. 181-281. Puede verse especialmente para el A. T. las secciones 5.^a «Dios definido como amor en el Antiguo Testamento: el nombre de Yahveh» (p. 206-207); 6.^a «La definición de Dios de Ex 34,6-7» (pp. 207-208); 7.^a «Dios es misericordioso» (pp. 208-212); 8.^a «Dios fidelísimo en el amor» (pp. 213-221); 9.^a «Dios es perdonador» (pp. 221-225); 10.^a «La justicia de Dios es salvífica: también es amor» (pp. 225-230); 13.^a «El amor de Dios expresado en el Antiguo Testamento con la figura del esposo celoso y apasionado» (pp. 237-240); 14.^a «Dios revelado como Padre en el Antiguo Testamento» (pp. 240-244).

11. Véase J. GIBLET (art. cit. en nota 2) col. 629, que remite a sinónimos muy antiguos del término conversión como serían «buscar el rostro de Yahvé», (2 Sam 21,1; Os 5,15; Sal 105, 4; II Cron 7,4) o simplemente «buscar a Yahvé» (2 Sam 12,16, Am 5,4 —donde se encuentra la fórmula paralela «buscar el bien»—; Am 5,14); también es sinónima la expresión «humillarse delante de Yahveh» (I Re 21,29; II Cron 7,14; 16-6 ss; 32,26; Lev 26,41).

—especialmente Amós¹², Oseas¹³—, como del Sur, Isaías¹⁴, Jeremías¹⁵, Ezequiel¹⁶. También los Salmos contienen piezas de profunda dimensión penitencial¹⁷. Y lo mismo los libros posteriores del A. T.¹⁸ y en el judaísmo¹⁹.

12. En Amós se encuentra una denuncia del pecado junto con una invitación a «buscar a Yahveh» o «buscar el bien» (5, 4.6). El profeta añade la promesa «viviréis» a esa búsqueda de conversión. Una mención de la piedad de Dios se encuentra en 5,14-15 y en la pregunta «¿Cómo podrá resistir Jacob si es tan pequeño?» (7,2.5).

13. El Dios perdonador ha cristalizado en Oseas en la imagen de Dios esposo. El pecado se considera principalmente como una falta de conocimiento del amor de Dios (4, 2-6) y bajo la imagen de la infidelidad. Oseas invita a buscar el rostro de Dios (5,15) y a volver (6, 1-3). Un lugar clásico sobre la conversión es 14, 2-9.

14. Isaías ha sentido como nadie la santidad divina y la necesidad de purificarse del pecado. Así lo expresa en la visión inaugural con la proclamación del trisagio y la purificación de los labios del profeta (6, 1-7). En el capítulo primero se describe el pecado de Israel como abandonar a Yahveh, y despreciar el santo de Israel, volverse de espaldas a Dios (cf 1,4). Se expresa el sentido del pecado con el simbolismo de las manos llenas de sangre de las que es preciso lavarse (1,16). «Volverse» es igual a «buscar» a Yahvé. Otras dimensiones del tema pueden verse en J. GIBLET (art. cit. en nota 2) p. 638. En el Deuterioisafas la vuelta se expresa con referencia a los caminos y los pensamientos (54, 6-7; 55,7). En el Tritoisafas el ayuno preferido es la liberación de los injustamente tratados (58, 6 ss.).

15. Jeremías emplea 111 veces el verbo *Shub*. Es pues el profeta por excelencia de la conversión. Un desarrollo del tema (naturaleza y etapas de la conversión) puede verse en J. GIBLET (a.c. en nota 2) cols. 641-648. La conversión para Jeremías es obra de Dios (cf. 15,19; 31, 18 ss); se describe como circuncidar el corazón, enderezar los caminos, volverse de los malos caminos (cf. 23,22; 25, 3-15). Véase una síntesis en LÓPEZ DE LAS HERAS L.: *La llamada a la conversión y la renovación en los profetas*. Teología Espiritual 21 (1977) 143-165.

16. Aunque Ezequiel menciona escasamente el término «conversión» (solamente en 3, 17-21; 18, 1-32; 33, 1-20) es con todo el profeta que utiliza una expresión más fuerte «volverse de su pecado»; además ha sido el que más ha insistido en la responsabilidad individual.

17. Entre todos los salmos penitenciales merece mención especial el Salmo 51 en que se encuentra todo el complejo movimiento de la conversión: primero, reconocimiento de la santidad y misericordia divina (v. 3); segundo, confesión de los pecados (v. 6); tercero, arrepentimiento (v. 19); cuarto, súplica del perdón (v. 3-4); quinto, futura orientación de la conducta: corazón puro (v. 12); testimonio ante los demás (v. 15); sexto, renovación (v. 12-14) incluso empleando el verbo *bara'*. Una ampliación de estos elementos véase en J. GIBLET (a.c. en nota 2) cols. 655-666.

18. Confesiones penitenciales se encuentran en los libros de Nehemías, Daniel, Judit, Ester, Baruc, etc. La Const. «Paenitemini» (cit. infra en nota 24) contiene una gran riqueza de referencias: Para la índole interior de la penitencia cita en nota 15 (p. 188): 1 Rg 7,3 Cf. Jr 36, 6-7; Bar 1, 17-18; Jdt 8, 16-17; In 3,8, cf. Zc 8, 19-21; Is 58, 6-7. En la notas 12, 13 y 14 (p. 187) se encuentran también las principales referencias bíblicas sobre el ayuno.

19. Para la conversión en la secta de Qumrán puede verse A. M. DENIS, en *Pénitence* (a. c. en nota 2, apartado quinto: «La secte de Qumrán», cols. 659-663). En realidad la conversión se identifica con el conocimiento de Yahveh y con el so-

Ya en el umbral del N.T., Juan el Bautista invita también a la Conversión²⁰. Pero la proclamación de Mc. 1,15 tiene en su mismo tono un acento de culminación: «El tiempo se ha cumplido». La originalidad evangélica consistirá en una doble constatación. En primer lugar, que el tiempo inaugurado por Cristo ofrece al hombre el perdón gratuitamente, a la vez que le da un plazo definitivo (Lc. 13,1-5) para la conversión²¹.

En segundo lugar el desarrollo del drama evangélico muestra que ese perdón —Paz y Reconciliación— se le ofrece al pecador en virtud de la sangre (muerte redentora) del Mesías —Hijo de Dios a quien el Padre por su resurrección constituye en juez de vivos y muertos^{21 a}. De esa manera el reinado de Dios se desvela como el tablecimiento del derecho divino mediante el gran acto de justicia divina²² (la Cruz y la Resurrección), por la que Dios ofrece a los hombres el perdón con el don del Espíritu Santo, y les invita a penitencia.

La gran operación de juicio y de perdón (restauración) se relaciona así en el N.T. (especialmente en Juan y Pablo) con el misterio redentor de la Encarnación (envío del Hijo) y de la Cruz-Resurrección y efusión del Espíritu Santo.

Nuestro intento en las páginas que siguen es describir el mensaje del Nuevo Testamento sobre la dimensión penitencial de la Conversión Cristiana. Pero sería imposible hablar de «Conversión» sin hablar de pecado y de reconciliación²³. Los tres conceptos están

metimiento a su ley. El convertido adquiere el conocimiento de la voluntad de Dios y la acepta (col. 661).

20. Para la doctrina rabínica sobre la conversión véase J. GIBLET (a. c. en nota 2) cols. 669-671. Conviene destacar que la penitencia es una de las cosas creadas antes de la creación del mundo, según Pes. 59 a. También es interesante la tradición sobre Abraham que invita a la conversión. Una consideración especial merece la perspectiva del targum en relación con la conversión. Volverse a Yahveh es volver a la ley (Is 30,15; Am 9,1); en cambio en los targumim del Pentateuco es volver al temor de Yahveh (Dt 4, 30, 30, 2.10). El targum Neophyti emplea la expresión «convertirse a la ley» en desarrollos propios como Dt 30,2.

21. Véase Mc 1, 2-8 y par. Sobre la predicación penitencial del Bautista y de Jesús véase: MERKLEIN H., *Die Umkehrpredigt bei Johannes dem Täufer und Jesus von Nazaret*, *Biblische Zeitschrift* 25 (1981) 29-46.

21 a. Sobre el día del juicio en la proclamación de Jesús véase J. JEREMÍAS * *Teología del nuevo Testamento I: La predicación*, Salamanca. Ed. Sígueme, 1974 p. 182 donde expone cómo la invitación a la conversión se integra en la exigencia de la hora.

22. Este pensamiento ha sido expuesto ampliamente por S.S. Juan Pablo II, en las Encíclicas «Redemptor hominis» n.º 9 y «Dives in misericordia» n.º 7.

23. Véase Synodus Episcoporum: *De reconciliatione et paenitentia in missione*

íntimamente relacionados²⁴. Dentro del Nuevo Testamento distinguiremos dos grandes etapas: La predicación de Jesús y la predicación de la Iglesia, es decir, la incorporación de la visión de la muerte redentora y de la Resurrección al mensaje de la Conversión. Ambas etapas no son adecuadamente distintas porque la predicación de Jesús se encuentra ya redactada bajo el influjo de la Pasión-Resurrección. Por otra parte, la predicación de Jesús contenía ya una referencia germinal al Misterio Redentor. Pero la distinción entre ambas etapas comporta un elemento de claridad considerable.

I. PROCLAMACIÓN DE DIOS MISERICORDIOSO, DENUNCIA DEL PECADO E INVITACIÓN A LA CONVERSIÓN EN LA PREDICACIÓN DE JESÚS

Jesús proclamó ante su auditorio con signos y palabras la presencia del Reino de Dios (el Reino de Dios ha llegado). En esa proclamación se contenía el anuncio del Perdón divino (amnistía) y a la vez una denuncia del pecado y la necesidad de convertirse y creer en el Evangelio. A continuación desarrollamos cada uno de los aspectos.

1. *Evangelio-oferta del perdón del Dios Misericordioso al hombre pecador*²⁵

El Evangelio proclamado por Jesús se presentaba en primer lugar como oferta del perdón gratuito de Dios a los pobres, a los pecadores. Esto aparece claramente en el discurso programático llamado Sermón de Nazaret en que Jesús proclama su misión de evangelizar a los pobres y de actualizar el año de gracia del Señor (Lc 4,16-22). Asimismo las Bienaventuranzas nos remiten al Dios Misericordioso (Mt 5,1ss; especialmente v.7).

El Sermón de la Montaña nos ofrece también una visión del

Ecclesiae. Instrumentum laboris, Ciudad del Vaticano 1983 (en adelante lo citaremos como *De Reconc. et Paen.*).

24. Véase PABLO VI, Const. Ap. *Paenitemini*: AAS 58 (1966) 177-198 esp. p. 179.

25. JUAN PABLO II, Enc. «*Dives in misericordia*», números 5-6.

Dios Misericordioso en las motivaciones del amor gratuito: «sed misericordiosos como vuestro Padre Celestial es misericordioso» (Lc 6,36; cfr. Mt 5,48). En los hechos y gestos de Jesús (perdón a los pecadores, comida con los pecadores), su persona aparece como representante del perdón divino: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos, y no he venido Yo a llamar a los justos sino a los pecadores a penitencia» (Lc 5,31-32). También las parábolas de la Misericordia, que son una defensa del comportamiento de Dios con el pecador, una defensa de su actuación justificante, ponen de manifiesto la oferta del perdón de una manera intuitiva y vital. Así las tres parábolas de Lucas 15 (dracma perdida, oveja perdida, hijo pródigo), y las parábolas del patrono generoso del siervo inicuo, junto con la del fariseo y el publicano²⁶. Finalmente, los signos de curación realizados por Jesús prefiguran y confirman su evangelio del perdón.

Esta predicación de Jesús se basa en dos grandes revelaciones: Dios es bueno y el hombre es pecador.

Dios es bueno, Dios es misericordioso, Dios está dispuesto a perdonar. El Evangelio es la revelación del amor gratificante: Dios ama, Dios perdona, Dios cura, Dios consuela.

El hombre, por su parte, se describe como alejado de Dios, pasando hambre en su soledad; es esclavo, está bajo el imperio de Satán²⁷. El hombre es pecador, no tiene con qué pagar y Dios se compadece (Mt 18,27). El hombre llora y pide perdón («ten misericordia de mí que soy un pecador») y Dios le justifica (Lc 18,9-14). El hombre se acerca a Jesús como representante de la misericordia divina. Así lo hace el paralítico: Jesús le cura y le perdona (Mc 2,1-12 par.); así lo hace la pecadora: Jesús la perdona, la justifica y la defiende por su gran amor, por su perfecta contrición (Lc 7,47)²⁸.

A la luz de estas dos grandes revelaciones se comprende la con-

26. Véanse las obras de J. JEREMÍAS*, J. DUPONT, D. FLUSSER, etc., sobre las parábolas de Jesús. C. H. DODD*, *Las parábolas del Reino*, Madrid Ed. Cristiandad, 1974, p. 40, nota 11 duda de la relación con el Reino de la parábola del patrono generoso (fuera de la relación del «juicio»). Pero la idea del «perdón» o «condonación» nos parece que es uno de los elementos principales del Reinado de Dios.

27. En la curación de la mujer encorvada Jesús dice: «Esta mujer... a quien Satanás tenía ligada hace dieciocho años (Lc 13,16).

28. Sobre el pecado en el N. T. véase DESCAMPS, *Le péché dans le Nouveau Testament: «Théologie du péché»* (París 1960) 49-124; St. LYONNET, *Péché dans le Nouveau Testament: DBS 7* (1966) 486-510.

versión como el hallazgo de la dracma extraviada, de la oveja perdida, como el abrazo del Padre al hijo pródigo. El banquete subsiguiente y la alegría desbordante es un presagio y una realización ya del Reino.

2. *El Evangelio, revelación y denuncia del pecado*²⁹

El tiempo de la venida de Cristo sería, de una parte, la suprema actuación del pecado: La batalla del Fuerte armado (Mc 3,27), del violento, como indica el Logion de Mt 11,12. El poder del mal actuará contra Cristo por el odio, tratando de quitarlo de en medio y consiguiendo eliminarlo de la vida. De otra parte, la venida de Cristo sería la gran batalla contra el pecado: la desaparición del pecado del mundo (cf. Jn 1,29), prometida en los tiempos mesiánicos. Veamos con más detención cómo Cristo denuncia el pecado en sus diversas facetas de alejamiento de Dios, de esclavitud al poder del maligno y de ruptura de la fraternidad humana.

Pecado como alejamiento del Padre

La parábola del hijo pródigo nos deja descubrir el pecado como alejamiento de la Comunión con el Padre: miseria y lejanía. (Lc 15, 14-20). Al mismo tiempo nos descubre el camino de vuelta: el camino hacia los brazos del Amor misericordioso (Lc 15,20).

Todo en esta parábola es humano y divino: Padre, hermano, hambre, pan, meretrices. Al mismo tiempo también se perfila la dureza de un pecado: el del hermano mayor: no aceptar la fraternidad (Lc 15,25-32).

29. El pecado como alejamiento de Dios se expone gráficamente en la parábola del Hijo pródigo. Un comentario en ese sentido puede verse en la Encíclica de Juan Pablo II «Dives in misericordia» números 5 y 6. Esta doctrina es recogida por el documento *De reconc. et Paen.* (*supra* nota 23) que cita a Juan Pablo II. El pecado es definido por dicho documento como «el mal que el hombre admite libremente ante Dios y contra Dios... rechazando su amor» (p. 12). La idea de alejamiento la recoge con estas palabras «aquella división que el pecado induce en el hombre alienándolo, a saber, alejándolo de Dios, de sí mismo y del resto de los hombres» (p. 13). Para dicho documento (cfr. lugar que precede inmediatamente al transcrito en la última cita) la división social y la injusticia son como fruto maduro del pecado y signos que lo manifiestan.

Pecado como rechazo del amor misericordioso

El pecado consiste en no aceptar el amor misericordioso, en no aceptar el Evangelio: el amor redentor.

Cristo previene contra el pecado del que su venida misericordiosa puede ser ocasión (Mt 12,32-33), el pecado de endurecimiento tal y como lo expresan los sinópticos³⁰.

Destaquemos el pecado contra el Espíritu Santo del que Jesús acusa en forma de prevención a todos aquellos que quieren interpretar su ministerio como una obra diabólica. Cerrarse a la luz, achacar a Beelzebú las obras del amor y la verdad (Mc 3,30), negarse a creer porque la revelación de Dios no se acomoda a los esquemas prefabricados por nuestra miopía. Punto importante sobre la teología del pecado. Tanto más que las palabras de Jesús: «no se perdonará en este siglo ni en el futuro», son una grave amonestación sobre el peligro mortal de esta postura (cf I Jn 5,16)³¹.

Y, casi al lado, la hipocresía. Cristo denuncia la hipocresía que lleva al pecado contra la luz: polémica antifarisaica (Mt 12, 1ss; Mc 2,23-28; 3,1-6; Lc 6,1-11, Mt 23, 1ss.).

Pecado como postura de indiferencia

Pero hay otra postura que Jesús ha puesto de relieve con gran fuerza: La indiferencia, el no tomar en serio el evangelio, el no sentirse aludidos, el no entrar en el juego de Dios. Es la parábola de los niños que no responden ni a los cantos de endecha (Juan Bautista) ni al canto de la alegría evangélica (Jesús) (Mt 11,16-19; Lc 7,31-35)³². ¡Generación mala y perversa que no responde a los

30. V. TAYLOR *, *The Gospel according to St. Mark*, London 1957, p. 244, trae una preciosa nota sobre el pecado contra el Espíritu Santo que describe como «una perversión del espíritu que en desafío de los valores morales elige llamar luz a las tinieblas». Relaciona este pecado con el pecado para muerte de I Jn 5,16. Taylor pone de relieve que se trata más de una amenaza (para advertir) que de un juicio sobre el hecho de que escribas y fariseos hallan cometido tal pecado. Y prosigue. «De todos los maestros religiosos no hubo ninguno menos inclinado que El a minimizar las posibilidades de perdón y de enmienda y los ilimitados recursos de la gracia divina».

31. Las palabras de Jesús no han sido interpretadas en la Iglesia en el sentido de que hay pecados que no pueden ser perdonados en el sacramento de la penitencia sino en el sentido del carácter peculiar de estos pecados que, al negar al único Mediador, excluyen el único remedio. P. ADNÈS, *La penitencia* (BAC 426), Madrid 1981, p. 73.

32. Una interesante exposición de esta parábola se encuentra en J. JEREMÍAS *,

signos! Que no se convierte. Si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los signos que se han hecho en ti se habrían cubierto de saco y ceniza. Pero en el día del juicio serán tratadas con menos rigor (Mt 11,20-32; Lc 10,13 ss.). Al que mucho se le ha dado mucho se le pedirá (Lc 12,48). El pecado de la indiferencia, de no vestirse de fiesta ante el evangelio (Mt 22,11-14), de no responder, es suficiente según Jesús para ser expulsado del banquete, para ser arrojado a las tinieblas exteriores.

La urgencia de responder ha sido expuesta por Jesús en una serie de parábolas del «demasiado tarde»³³. La puerta cerrada, el «no os conozco» (Mt 25,12) supone la necesidad de decidirse a tiempo, de no dejar indefinidamente la conversión, de no dar excusas al Evangelio, de no dilatar el arreglo de cuentas, de estar preparados, avisados, la entrega al Dios misericordioso.

Los mandamientos y sus exigencias radicales.

La predicación de Jesús ha insistido también en la necesidad de una justicia mayor que la de los escribas y fariseos, si queremos entrar en el Reino de los cielos. La necesidad no sólo de tomar en serio los mandamientos sino de llevarlos a su cumplimiento más radical (radicalidad de las posturas de Jesús). No solamente no matar, sino no ofender de palabra al hermano (Mt 5,21-22); no solamente no adulterar, sino no desear o mirar con ojos de deseo a una mujer (Mt 5,27-28); no solamente no odiar, sino amar a los enemigos (Mt 5,43-48).

Dios o el dinero

Cristo denuncia el poder esclavizante de las riquezas, la imposibilidad de coexistir esta esclavitud con el domino exclusivo de Dios (primero y principal mandamiento, cfr. Mt 6,24) y parábola de la riqueza inicua: o Dios o el dinero. En otros lugares, o Dios o Satán, o el espíritu impuro o el Evangelio (Mt 12,43-45).

Las parábolas de Jesús, Estella, 1970. pp. 196-199.

33. Además de la parábola citada en la nota anterior, J. JEREMÍAS *, o.c. pp. 207-219, enumera la parábola de la higuera (Lc 13,6, 6-9), las parábolas de las diez vírgenes (Mt 25, 1-12, cf. Lc 13, 25-27) y de la gran cena (Lc 14, 15-24 par. Mt 22, 1-10).

El pecado de escándalo

La postura de Jesús, su exigencia, comprende la necesidad de decisiones valientes. En la amonestación contra el escándalo, dice: «Y si tu ojo derecho te es ocasión de escándalo, sácatelo»; «si tu mano derecha es ocasión de escándalo, córtatela» (Mt 18,5-10). La actitud de Jesús contrasta con las medias tintas, con el permisivismo, con las blandenguerías; esto no es prudencia sino falta de fe, falta de haber tomado en serio el evangelio. Por eso se comprende el reto de Jesús: «El que se avergüence de mí y de mis palabras ante los hombres, yo me avergonzaré de él ante mi Padre celestial y ante los ángeles santos» (cf. Mc 8,38)²⁴.

Pecados contra la fraternidad.

Jesús ha prevenido a su auditorio contra la dureza de corazón, le ha insistido en la necesidad de perdonar, de sacar las consecuencias del don de Dios en nuestro comportamiento fraternal³⁵. En este sentido la parábola síntesis del Juicio final: «Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estuve desnudo y no me vestisteis, estuve enfermo y no me visitasteis, triste y en la cárcel y no vinisteis a consolarme, peregrino y no me hospedasteis» (Mt 25,31 ss.). Desafortunada explicación la de los que han llamado a esta parábola la del «comportamiento de los ateos». No es así, sino todo lo contrario. Es la parábola de los que no han sabido sacar en su vida la consecuencia de la revelación del Evangelio: salir al encuentro de todo hombre necesitado, en el que hay que ver a Jesús, a Dios. Y el *dejarle sin atención* (desatender al

34. En Mt. 25, 31 ss. la responsabilidad es individual a pesar de su dimensión social.

35. Sobre el pecado social y estructural pueden verse una serie de precisiones en el Documento *De Reconc. et Paen* n.º 13 (p. 17). He aquí sus palabras: «la inclinación al mal que permanece después del pecado original y se ha hecho más profunda con los pecados actuales tiene su influjo en las mismas estructuras sociales que de esa manera quedan como selladas por el pecado (en nota 25: Cfr. III Conf. Gen. del Episcopado Latinoamericano, Puebla, pars II, n.º 281). Se trata de una objetiva situación social, política, económica y cultural contraria al mismo evangelio, de la cual deben responder las personas porque ella dimana ciertamente de la libre voluntad de los hombres bien de cada uno en particular bien asociados entre sí. En este sentido se habla con todo derecho de pecado social al cual algunos llaman "estructural"».

prójimo) es un pecado gravísimo. El incumplimiento del mandamiento del amor al prójimo se pone, pues, en S. Mateo como causa de la condenación.

La parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro (Lc 16,19-31) es otro ejemplo en este sentido. La dureza de corazón, la insensibilidad se presenta como causa de condenación.

Cristo subraya la necesidad de reconciliarnos con el hermano antes de llegar a El (Mt 5,25-26). De distintas maneras Jesús ha dicho que, después de haber recibido el perdón del Dios misericordioso para con nosotros, no cabe jamás odio, sino solo amor, incluso a los que nos aborrecen (Lc 6,27). Ser cristiano es sacar las conclusiones de esta predicación de Jesús sobre el pecado y la conversión.

*¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?*³⁶.

La pregunta es de todos los tiempos. Jesús se atribuye tales poderes mesiánicos que rayan en lo divino y los comunica a la Iglesia.

El poder de perdonar los pecados, que Jesús se atribuye (Mc 2, 1-12), lo comunica a los apóstoles (Mt 18,18)³⁷.

3. *La llamada a la conversión y su dimensión penitencial*

La llamada a la conversión se encuentra en lugares claves del Evangelio³⁸. La predicación de Jesús contempla primariamente, como hemos indicado en el punto 1.º, el don de la reconciliación ofrecido por Dios al pecador. Esa reconciliación supone por parte del pecador la conciencia del propio pecado y la reorientación de su vida. Cristo le invita a ello, es decir, le invita a convertirse.

36. En la quinta petición del Padre Nuestro se ha concentrado la relación entre perdón suplicado y perdón concedido (Mt 6, 12, 14-15). Incluso Marcos que no trae el Padrenuestro, no ha olvidado esta relación (Mc 11, 25).

37. S. Mateo insiste, con una clara dimensión eclesial en que Dios ha concedido tal poder a los hombres (9, 2-8). En realidad la administración del perdón a través de la Iglesia sólo se explica en la estructura sacramental de la salvación, estructura que tiene su realización en la Encarnación, en la Iglesia y en los Sacramentos.

38. Una síntesis de la doctrina evangélica en su dimensión penitencial puede verse en la Const. Apost. «Paenitemini» (cit. supra nota 24) p. 179. «Estas palabras (se refiere a Mc 1, 15) son como la suma y síntesis de toda la vida cristiana».

La pregunta que ahora debemos hacernos es la siguiente: Junto a la gratuidad de la reconciliación ofrecida en la predicación de Cristo y, como veremos después, subrayada en la doctrina paulina de la justificación por la fe ¿hay en la invitación de Cristo también indicaciones acerca de la dimensión penitencial de la conversión cristiana? La pregunta puede hacerse también de esta manera: ¿Debe el hombre poner algunos hechos o actitudes para recibir esta reconciliación otorgada por Dios?

A continuación examinaremos los textos en que Cristo llama a la conversión y las implicaciones penitenciales que contiene. Al final de la sección haremos una breve síntesis.

En la predicación de Jesús, junto al anuncio de la cercanía del Reino de Dios, la expresión «convertíos y creed en el Evangelio» (Mt 1, 15) indica ya claramente que en la respuesta humana se implica un cambio de vida³⁹. En este lugar no se indica cuál sea ese cambio pero se especificará en otros lugares. No obstante hay también en nuestro lugar una dimensión importante: En efecto el anuncio de la cercanía del Reino y la invitación a creer en el Evangelio, son las motivaciones que determinan a la vez la naturaleza de esa conversión. Esa conversión será una aceptación del Reinado de Dios. Esa conversión será un prestar fe al anuncio de que Dios quiere salvarnos definitivamente por su Hijo Jesucristo. (El título del libro de Marcos es Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios). Y ese «prestar fe al Evangelio» aparecerá a lo largo del libro inspirado como seguir a Jesucristo y dejarlo todo «por Mí y por el Evangelio» (Mc 10,29).

La misión de Jesús de llamar a la conversión⁴⁰ es equivalente al «sígueme».

La reconciliación ofrecida en la Parábola del Hijo pródigo está

39. La misma conexión entre proximidad del Reinado de Dios y urgencia de la conversión encontramos en el mensaje que los apóstoles llevan en su misión galilea. Mateo especifica que la proclamación es «El Reino de los cielos está cerca» (10,7). Y Marcos por su parte precisa «y ellos predicaban que se convirtieran» (6, 12). También aquí no se trata primariamente de anuncio de juicio sino de anuncio de salvación. La conversión con todo está también motivada por el juicio inminente en otros lugares.

40. En el relato de la vocación de Levi (Lc 5,31-32) la misión de Jesús aparece como una llamada a la conversión. Los escribas y fariseos critican a Jesús porque se sienta a la mesa con publicanos y pecadores. Jesús pronuncia estas palabras. «No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores a que se conviertan». La liturgia de la Iglesia católica pone este evangelio como lectura el sábado de ceniza.

expresada como un camino de vuelta al Padre, con la humilde confesión de su pecado, y el reconocimiento de haber merecido ser rebajado en su anterior dignidad⁴¹.

Asimismo la Parábola del Fariseo y del Publicano describe la humilde actitud de éste con su oración penitencial (pedir perdón, confesarse pecador, bajar los ojos), y la gracia recibida de Dios.

La reconciliación ofrecida en la parábola del patrón generoso y del siervo comporta el perdón otorgado al prójimo deudor⁴².

Un elemento penitencial también, como respuesta a la proclamación de Jesús, está implicado en el reproche de Jesús a las ciudades incrédulas Corozain y Betsaida: «Si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, hubieran ya hecho penitencia con cilicio y ayuno»⁴³.

Este reproche ampliado después a Cafarnaum (Mt 11,25), y, por contraste, el ejemplo de los ninivitas que se convirtieron e hicieron penitencia, indican que la conversión que proclama Jesús implica un elemento interior y un elemento exterior.

En toda la Sección del camino (Lc 9,51-19, 28) S. Lucas recoge en diversos momentos las enseñanzas de Jesús sobre la vida cristiana. El tema de la conversión se ofrece especialmente en Lc 13,1-5⁴⁴. Jesús indica a sus oyentes que no se consideren menos pecadores que aquellos sobre quienes cayó la Torre de Siloé o aquellos a quien Pilatos hizo mezclar su sangre con la de los sacrificios: «Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo». La parábola de la higuera estéril y del último plazo acentúan la urgencia de la conver-

41. Véanse Juan Pablo II Encíclica «Dives misericordia» n.ºs 5 y 6 y también J. JEREMÍAS *, *Las parábolas de Jesús* (o.c. en nota 32) p. 160. En relación con las palabras «trátame como a uno de tus jornaleros» dice «El padre no le deja pronunciar estas paabras y transforma en todo lo contrario las palabras que quedan sin pronunciar: trata al que regresa al hogar no como a un jornalero, sino como a un invitado de honor».

42. J. JEREMÍAS *, (o.c. en nota anterior) p. 258 «el don de Dios obliga».

43. La secuencia sigue inmediatamente en Mateo a la parábola de los niños sentados en la plaza. La dimensión penitencial de nuestro lugar ha sido captada con gran finura por I. GOMA CIVIT, *El Evangelio según Mateo*, Madrid, 1966, p. 583. «Aunque la «Conversión» sea un acto y una actitud radicalmente espiritual, no obstante, en su itinerario desde la esfera del pecado hasta entrar en la órbita del querer de Dios, se menciona un coeficiente realista de austeridad «en saco y ceniza» (Mt 12,41 = Lc 11,32 y Ion 3,5 ss.). La «Conversión» bíblico-evangélica es también (aunque no solo) «penitencia» en el sentido más concreto de «penalidad». El gozo mesiánico ofrecido por Jesús a Corozain, Betsaida y Cafarnaum no excluye sino que presupone una metodología ascética *in cilicio et cinere* (cfr. Dan 9, 3 ss.)».

44. La Iglesia propone este evangelio en el Domingo 3.º de Cuaresma del ciclo C.

sión. La necesidad de una respuesta está expresada con la referencia a los frutos. Cuáles sean esos frutos no se nos indica. En la mente de Lucas probablemente hay una indicación a los frutos de justicia social, de que habla el Bautista en su discurso (Lc 3,8). Para San Mateo (cf. árbol bueno y árbol malo) los frutos son la oración, limosna y ayuno, hechos con pureza de intención y libres de toda hipocresía (Mt 6, 1-18)⁴⁵.

4. *La Imitación de Cristo y su dimensión penitencial*⁴⁶

En la sección del camino de Marcos y Lucas, aunque no propiamente en el aspecto de dimensión penitencial, pero en último caso también en la misma línea de sacrificio que tiene su raíz última en el pecado, encontramos la invitación de Cristo al que quiera ser su discípulo. Inmediatamente después de la primera predicción de la Pasión, San Marcos (y le siguen los otros dos evangelistas sinópticos) nos presenta una invitación de Jesús con las siguientes palabras:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su Cruz (Lucas: de cada día) y me siga» (Mc 8,31 ss; Lc 9,23-26).

No vamos a entrar en la delicada cuestión de distinguir entre lo que podríamos llamar *ipsissima vox Jesu* y lo que ha sido la actualización de esa palabra de Jesús a la situación de la Iglesia⁴⁷.

45. Véase W. DAVIES *, *El sermón de la montaña*, Madrid, 1975. En el epílogo a dicha obra el Prof. Alejandro Díez Macho precisa (p. 224-225) las relaciones establecidas por Davies sobre la correspondencia de Mt 5-7 con las tres cosas que sostienen el mundo: la Ley, el culto (del templo) y las obras de caridad» (M. Abot I, 2). Según esta correspondencia la Ley serían las antítesis de Mt 5, 17-48, el «culto» sería la limosna, la oración y el ayuno de que habla Mt 6, 1-18 y las «obras de caridad» serían la parte final del Sermón de la Montaña (Mt 6, 19-7, 12). Según Díez Macho la expresión *ge milut basadim* implicaría no sólo caridad con los hombres sino además piedad con Dios que significa actos de fidelidad a los mandamientos.

46. Puede verse nuestro artículo *La vida cristiana, imitación de Cristo. La imitación de Cristo en los escritos del Nuevo Testamento en Una nueva vida en Cristo* (Semanas de Teología Espiritual 5). Madrid, 1980 pp. 143-168. Como obras básicas de referencia citamos allí los estudios de A. SCHULZ * y M. HENGEL *.

47. V. TAYLOR * (o. c. en nota 30) p. 381 opina que no es necesario suponer que la metáfora es «cristiana» en el sentido de que esté implicada la crucifixión de Cristo. Aunque es verdad que la idea de cargar con la cruz no se encuentra en la

Únicamente debemos constatar que los tres evangelios consideraran como condición del seguimiento de Jesús el negarse a sí mismo y el tomar la cruz (de cada día). Y todo esto para seguir a Jesús en su camino a Jerusalén donde Jesús va a entregarse en vida como rescate (Mc 10,45 y paralelos). En la vida de Cristo entra el dolor salvador, y el cristiano —el discípulo— es invitado a seguir ese camino.

El episodio de los hijos de Zebedeo está en la misma línea (Mc 10,35-40). Ellos interpretan el Reino de Dios en clave de triunfo terreno. Jesús les pregunta si están dispuestos a beber el cáliz que El ha de beber, y ser bautizados con el bautismo con que El va a serlo. ¿Cómo silenciar el aspecto doloroso de ese Cáliz y de ese bautismo que los discípulos han de compartir con el Maestro? ⁴⁸.

La dimensión de sacrificio de la vida de Cristo y su implicación penitencial en la vida del cristiano ⁴⁹, aparece también en otros lugares.

El relato evangélico que nos describe a Cristo ayunando, durante cuarenta días (Mc 1,12-13), es un derás cristológico ⁵⁰ del que podemos deducir dos consecuencias para nuestro propósito. En primer lugar, es el mismo Cristo el que inicia un prolongado ayuno y lo consagra como tiempo de encuentro con Dios. A la vez, ofrece la dimensión de combate contra el diablo que toda opción por Dios lleva consigo.

Otros episodios de la vida de Cristo presentan también una dimensión que podemos llamar penitencial, en el sentido de acción de combate contra el pecado (aunque en Cristo no se diera). Así la actitud de Cristo en relación con los bienes de este mundo: «El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Mt 8,20). Igual-

antigua literatura rabínica, la muerte por crucifixión bajo los romanos era suficientemente familiar en Palestina para servir de base al dicho.

48. V. TAYLOR * (o. c. en nota anterior) p. 441 indica la dimensión dolorosa del término «bautismo» y destaca la originalidad de la expresión en labios de Jesús.

49. Tomás de Kempis resumió «Toda la vida de Cristo fue Cruz y Martirio» (Lib. II, cap. XII, n.º 7). La Const. Apos. «Paenitemini» (ct. en nota 24) p. 180 dice: «La invitación del Hijo de Dios a hacer penitencia (metánoia) es tanto más urgente cuanto que no solamente El exhorta a hacerla sino que El mismo da ejemplo de penitencia. Pues Cristo dio el máximo ejemplo a los penitentes en el hecho de que quiso sufrir las penalidades, no por su pecado sino por los pecados de los otros».

50. Sobre las tentaciones de Jesús, Cf. R. SCHEIZER, *Il vangelo secondo Marco*, Brescia 1971, pp. 46-48 con las principales referencias bíblicas que están en la base del derás en Marcos.

mente la firmeza en encaminarse hacia el sacrificio de la propia vida.

Cuando Marcos pone en labios de Cristo la expresión el «Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho» (8,31; cf. Lc 9,22), está resumiendo para los cristianos la trayectoria del Maestro, que será humillado, perseguido, condenado, y crucificado.

5. *El cambio de corazón y la meta de conversión*⁵¹

Si nos preguntamos de dónde brota todo este mensaje sobre el pecado y la conversión en la predicación de Jesús, la respuesta, a la luz del mismo evangelio, podríamos orientarla a partir del hecho real y positivo de que, con Cristo, Dios ha mostrado su actuación definitiva de perdonar, de salvar y de instaurar el nuevo pueblo de Dios con el cambio de corazón.

Ese corazón cambiado supone el tener a Dios como único, es decir, reconocer su voluntad como única norma de nuestra vida. Renunciar a los ídolos, a la mentira, a la mammona («No podéis servir a Dios y al dinero»), al espíritu inmundo (o Dios o el espíritu inmundo, la parábola de la casa deshabitada invadida por el espíritu inmundo).

Ese corazón cambiado que se expresa en las bienaventuranzas (pobre, humilde, puro, con hambre y sed de justicia (*sedeqá*), obrador de paz, alegre en la persecución por el Reino), es un corazón cambiado a impulsos de la Ley de la Regla de Oro. Ese corazón supone el reconocimiento de los demás como hermanos, con todo lo que ello implica de renuncia a nuestro aislamiento, a nuestra codicia, a nuestro deseo de preferencia, a todo lo que es comportamiento poco fraternal.

Y Jesús vive, y predica y exige e invita a todo ello porque El en sí mismo vive su entrega absoluta a la voluntad del Padre, porque El vive su entrega total por todos, porque para eso «ha venido». Está ahí como el Reino personificado, como don y como invitación y como exigencia, como modelo y como primero de ese nuevo pueblo de Dios, de esa comunidad fraternal, de esa familia en que no hay

51. La conversión, aunque implica una vuelta una ruptura con la vida de pecado, sería incompleta sin la parte positiva, cuya meta es la comunicación con Dios y con los hermanos (la realización del Reinado de Dios). El valor supremo en esa dimensión positiva es el amor.

otra norma que «hacer la voluntad del Padre que está en los cielos». Su entrega al sacrificio y la seguridad de su resurrección son la prueba de fuego de un mundo que comienza, del Reino de Dios que irrumpe, de la derrota del fuerte armado (el odio) y del triunfo del amor.

6. ¿El Bautista o Jesús?

Una última pregunta debemos hacernos antes de terminar este apartado dedicado a la predicación de Jesús. Los tres evangelios sinópticos nos han transmitido el logion sobre el ayuno (Mt 9,14-15 par.). A la pregunta de los escribas de por qué sus discípulos no ayunan, Jesús responde que no hay que ayunar en el tiempo de la Boda. Al mismo tiempo afirma que, cuando sea arrebatado el esposo, entonces ayunarán⁵².

La cuestión es si Jesús considera la actitud penitencial como contraria a la alegría por el Evangelio. En otras palabras, ¿puede ser considerado el mensaje evangélico un mensaje de penitencia, siendo así que Jesús quiso distinguirse de Juan el Bautista que predicaba la Penitencia?

La respuesta parece que debe ser matizada. En efecto, el mismo núcleo de la comparación (el tiempo de Boda y el Mesías como el Esposo) indica que se trata de un momento excepcional, único. Pero ello mismo es signo de que Jesús considera la práctica del ayuno como algo normal en la conversión, de modo que únicamente exceptuaría el momento de las Bodas.

Esta es la única explicación razonable, pues, de otra manera, ¿cómo compaginar este logion de Jesús con sus enseñanzas, que acabamos de ver, sobre la dimensión penitencial de la conversión?

En efecto, estamos ante dos situaciones diferentes. Los fariseos quieren que los discípulos de Jesús ayunen como ellos o como los

52. Sobre la atribución a Jesús o a la Comunidad de esta referencia al tiempo de la Iglesia discuten los autores. V. TAYLOR, (o. c. en nota 30) pp. 211-212 opina que las dudas sobre la atribución a Jesús no convencen. Por su parte I. GOMA CIVIT, (o. c. en nota 43) p. 495, sin quitar la fuerza al sentido original del dicho de Jesús admite que «probablemente el valor «contemporáneo» de estos versículos en cuanto *Catequesis apostólica*, también quiere justificar, conforme a la mente y a las enseñanzas del Maestro, el carácter «cristiano» del 'ayuno'. Sea lo que sea de la cuestión de tradición-redacción, en cualquier caso la Iglesia primitiva comprendió que en el tiempo de la Iglesia el ayuno formaba parte de su situación y cuál era la motivación del mismo (la pasión del Esposo).

discípulos de Juan el Bautista. Jesús responde que El y sus discípulos están en una situación radicalmente distinta, excepcional: la venida del Mesías⁵³. Esa situación, bien sea el anuncio gozoso, bien sea la situación de recién convertidos, es temporalmente distinta del momento en que el hombre debe ponerse en camino, como consecuencia de la aceptación del anuncio o del momento de la vida diaria, una vez pasada la excepcionalidad de la boda. La vida cristiana —así lo ha entendido el mismo logion en su segunda parte— debe combinar la alegría del Reino (y de la Resurrección) con la comunión con la Pasión del Señor.

Visión conclusiva

Antes de proceder adelante, hagamos ya una breve síntesis de nuestro tema a partir de la predicación de Jesús:

a) La reconciliación que Jesús ofrece en nombre de Dios, está descrita con una gran riqueza de expresión: Justificación, abrazo del Padre al hijo que retorna, encuentro, hallazgo, perdón (condonación de una deuda), etc.

b) La actitud del pecador que se convierte, se describe como un acto personal y vital en que se mezclan los actos internos y externos: humillarse, confesarse pecador, bajar los ojos, pedir perdón. Es el humilde reconocimiento del propio pecado⁵⁴: el «he pecado» del Hijo Pródigo, el «soy pecador» del publicano y las lágrimas de la pecadora. Este dolor de contrición expresado en las lágrimas y en el acto de derramar el perfume sobre Jesús, es interpretado como expresión de un amor que se duele. Según Jesús, es signo de haber sido perdonado. No falta también la propuesta de satisfacción y reparación como en el caso de Zaqueo.

c) La predicación de Jesús, incluso contando con la actualización que San Mateo ha hecho de ella⁵⁵, incluía, como normas de

53. La acusación de que Jesús es un comilón y un bebedor es eso: una calumnia, una tergiversación de su actitud de acogida a los pecadores. Esta actitud no significa una desautorización del Bautista sino un subrayado del tiempo de gracia. La dimensión de fiesta es una invitación a la conversión y una celebración de la misma, pero no excluye el que en el proceso de la conversión sea necesaria la renuncia y el dolor.

54. Los diversos actos del Penitente han sido después recogidos tanto en el Concilio Tridentino como en el Ritual de la Penitencia. Véase Conc. Trid., Sessio XIV, *De Sacramento Paenitentiae*, c. 1-8.

justicia, una serie de actos que entran plenamente en lo que podemos llamar «camino de penitencia». Son los siguientes:

— Ayuno, como forma de humillación ante al Padre Celestial. El ayuno será un medio tradicional, como disposición para la oración, como medio de compartir los bienes. A partir de la narración del ayuno de Jesús en el desierto se convertirá también en una forma de unión con Cristo. El combate de Jesús contra Satán, mediante el ayuno, se propone como imitación en el combate del cristiano contra el pecado.

—La oración, cuya dimensión penitencial es clara en toda la Escritura. En realidad, los mismos ritos de expiación del A.T. son interpretados por los LXX como intercesión. La oración de intercesión la encontramos ya en Abraham, Moisés, Amós, etc.⁵⁶.

—La limosna que se pone también en relación con los pecados (Si 3,30)^{56 a)}. El don de Dios se debe traducir en don a los demás y viceversa: —Dios da según el hombre da: «dad y se os dará»⁵⁷.

—El perdón a los deudores aparece como condición necesaria para recibir el perdón de Dios. Así lo encontramos en el Padre Nuestro y en la Parábola del patrono generoso y del siervo inicuo (Mt 28,23-35).

d) Jesús se atribuye el poder de perdonar los pecados en el milagro de la curación del paralítico (Mc 2,1-12), y tal curación se pone como prueba del mismo. En el relato de San Mateo se termina diciendo: «Dios dio tal poder a los hombres». Se trata, sin duda, de una referencia al poder eclesial, tal y como Mateo lo relata, concedido a Pedro (16,18) y a los ministros de la comunidad (18,18).

II. RECONCILIACIÓN, PECADO Y CONVERSIÓN A LA LUZ DE LA DOCTRINA NEOTESTAMENTARIA DE LA MUERTE EXPIATORIA Y DE LA RESURRECCIÓN

En el apartado anterior nos hemos centrado en la predicación

55. Cf. lo dicho supra nota 45 sobre esta sección de Mateo.

56. En la traducción de los LXX la expiación se entiende como oración de intercesión. Cfr. lo dicho en nota 2. Pueden verse también como ejemplo los salmos penitenciales y las confesiones penitenciales que citamos en notas 17 y 18.

56a. Oración, ayuno y limosna son las tres formas de satisfacer al precepto de la penitencia según la Const. «Paenitemini» (Cit. en nota 24) p. 182.

57. Cfr. la obra de G. PANIKULAM citada más adelante nota 72 sobre los nom-

de Cristo. Es cierto que esa predicación, tal y como ha llegado a nosotros en los evangelios, presenta en muchos casos influjos de la visión postpascual. Sin duda, como hemos indicado más arriba, muchos de los acontecimientos o enseñanzas (parábolas, invitaciones, expresiones como «tomar la cruz») han podido recibir ya una actualización ante el cambio del destinatario. El caso más típico de esa impregnación de la mentalidad pascual, es el Evangelio de Juan, que por paradoja es a la vez un testigo autorizado del Jesús de la historia. Pero, con todo, no solamente es posible, sino que es científicamente necesario, separar los dos momentos: el de la predicación de Jesús y el de la proclamación de la Iglesia. Entre ambos hay un acontecimiento fundamental: la Muerte y Resurrección de Cristo.

1. *La reconciliación por la Muerte y Resurrección en las narraciones evangélicas*

Metodológicamente prescindimos de la cuestión acerca de la forma en que Jesús pudo prever (y comunicar a los suyos) el carácter violento de su muerte y su alcance expiatorio. Para nosotros⁵⁸ es el mismo Jesús al que se remontan las indicaciones sobre el carácter expiatorio de su muerte y, en consecuencia, la seguridad de ser vindicado por el Padre (lo que no significa disminución de la capacidad de sufrir). Pero en este apartado no tratamos de insistir en esos datos de tipo histórico, sino en la proclamación que los autores inspirados han hecho en torno al tema de la reconciliación y penitencia. Dichos autores estaban convencidos del carácter redentor de la muerte de Jesucristo y de su resurrección.

Para los sinópticos (y mucho más para el cuarto Evangelio), la obra de Jesús tiene una cumbre, su camino tiene una meta, su ministerio una culminación. Los evangelistas nos llevan derechos a la Cruz-Resurrección, precedidas por la institución eucarística.

El Hijo del hombre va a entregar su vida como rescate por muchos (Mc 10,45). La Eucaristía prefigura y realiza culturalmente esa entrega. Es la sangre de la Nueva Alianza derramada para el perdón

bres que Pablo da a la limosna en la sección de las colectas de la 2.ª Carta a los Corintios; donación, gracia, amor, comunión, etc.

58. Sobre la atribución en último caso a Jesús de la idea de la muerte redentora, véase M. HENGEL *, *La Crucifixion*, París, Du Cerf. 1981, pp. 193-200.

de los pecados (Mc 26,28). La muerte de Cristo y su anticipación en la institución eucarística tienen una dimensión sacrificial-penitencial (sacrificio por los pecados). La muerte de Cristo ha sido entendida en el N.T. únicamente como expiatoria de los pecados. La pasión y la muerte de Jesús son la donación generosa de una vida en aras de la obediencia, el sacrificio redentor en favor de la muchedumbre, el cáliz de dolor debido por el mediador de la paz (cf. Mt 26,29 par.), de la justicia, de la reconciliación. Su muerte por los pecados es la muerte expiatoria del Servidor de Yahvé, identificado con los crímenes del pueblo (Mc 15,27; cf. Is 53,12).

Los sinópticos narran la muerte de Jesús con un título implícito: entregado por nuestros pecados. Otra explicación no tendría sentido para ellos⁵⁹.

La *Muerte Redentora y la resurrección de entre los muertos* son la clave del evangelio. A su luz aparece clara la liberación, de que habla el discurso de Nazaret, y en qué consistía el año de gracia promulgado por Jesús. Aparece el sentido profundo de las bienaventuranzas: La justicia y la paz serían fruto y exigencia de esa reconciliación obrada por Dios en la Cruz de su Hijo.

No se trata de una interpretación espiritualista de las promesas, sino de una realización a nivel de salvación radical del hombre (Cristo murió por nuestros pecados).

Todo cobra nueva luz cuando se tiene presente quién es el que muere: Jesucristo, el Hijo de Dios, el redentor, el Señor, el Salvador⁶⁰.

Su vida aparece así como un camino hacia la Cruz-Resurrección, y su Pasión y Muerte son el drama salvador por los pecados del mundo. Su vida-muerte y Resurrección es la gran obra de salvación, la Nueva Alianza para remisión de los pecados. Convenía que el Mesías padeciese y así entrara en la gloria.

En la vida-muerte y Resurrección de su Hijo Dios nos ha perdonado y nos ha salvado. Los sinópticos lo afirman con el lenguaje

59. En la reciente obra de X. LÉON DUFOUR, *Jesús y Pablo ante la muerte*. Madrid Ed. Cristiandad, 1982, se discute ampliamente el tema. Si el logion de Mc. 10,45 se remonta o no a Jesús en su tenor literal puede discutirse, pero que los sinópticos eran conscientes de esa dimensión redentora de la vida de Jesús, es imposible dudarlo.

60. En los evangelios de la infancia aparece también esta dimensión redentora de Jesús: «Le pondrás por nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21); «El será el Dios con nosotros» (Mt 1, 33). «El que nacerá será Santo, El Hijo del Altísimo» (Lc 1,35).

de los hechos, más que con una teología desarrollada. La venida del Espíritu Santo y la misión universal de bautizar a todos los pueblos; predicándoles el «perdón de los pecados», son las consecuencias de esta acción salvadora de Dios en Cristo.

Aunque más adelante insistamos en este punto, conviene apuntar ya ahora la dimensión penitencial de la vida cristiana a la luz del misterio redentor. La invitación a tomar la cruz siguiendo a Cristo implica una asociación de nuestra vida humana en sus aspectos dolorosos a la misma vida y muerte de Jesús. S. Lucas hace por ello de su narración de la Pasión una lección para el discípulo ⁶¹. En seguida veremos que Pablo hace otro tanto.

2. *Oferta de perdón, remisión de los pecados, don del Espíritu Santo, y conversión en el kerigma de la Iglesia primitiva, según los Hechos de los Apóstoles.*

Tras la muerte y resurrección de Jesús, tras su ascensión y envío del Espíritu Santo, el núcleo de la predicación, tal y como podemos deducirlo de los discursos que traen los Hechos de los Apóstoles, adquiere una serie de peculiaridades que merecen nuestra atención en un apartado especial ⁶².

Lo que ahora comienza a proclamarse es que el designio redentor de Dios se ha cumplido en Jesús de Nazaret, que en su muerte predicha por Dios (conforme a las Escrituras) se ha realizado la redención de los pecados, que su sacrificio ha sido la expiación por los pecados del mundo, que su resurrección y el envío del Espíritu Santo son el testimonio de su señorío, de su capacidad de salvar a todo el que cree en El y, por consiguiente, de la necesidad de convertirse, bautizándose en su nombre y recibiendo así el don del Espíritu Santo. Tras el discurso de Pentecostés, Act 2,37-38 (cfr. 3,19), le preguntan a Pedro: «¿Qué hemos de hacer?». La

61. Véase Lc 23, 28-31 (exhortación a las mujeres que lloran en el camino del Calvario).

62. La discusión en torno a la paternidad de los Discursos de Hechos parece que va decantándose en favor de la atribución al mismo Lucas. Pero el empleo de terminología tomada de la Iglesia primitiva, también es indudable. Ver. J. SCHMITT, *Résurrection de Jésus dans le kèrigme, la Tradition, la Catéchèse*, en DBS fasc 55 (1981) col 491.

respuesta es «Convertíos y que cada uno sea bautizado en el nombre de Jesucristo y recibiréis el don del Espíritu Santo»⁶³.

La conexión entre Espíritu Santo y remisión de los pecados (2,37) pone de manifiesto la naturaleza escatológica del perdón y la renovación interior obrada por Dios.

La expresión: «Libraos de esta generación perversa» (2,41), es a la vez una condenación del pecado.

Perdón de los pecados en su nombre, efusión del Espíritu Santo, invocación del nombre del Señor, fe en su nombre, todo ello proclama que el Reino es Jesucristo, que El es el Hijo de Dios constituido en poder salvador y entronizado a partir de su resurrección, que en virtud de su sacrificio es el Sumo Sacerdote a la derecha del Padre.

La proclamación del Evangelio, la proclamación de Jesucristo muerto por nuestros pecados y constituido por su Resurrección Juez de vivos y muertos es esencialmente una proclamación que lleva a todos los que la escuchan un mensaje de urgencia, la necesidad de salir de la vida pecadora (con la oferta maravillosa del perdón) y la forma de esa conversión mediante la fe en Jesucristo, Señor, salvador, Juez (es decir, perdonador) de vivos y muertos.

En las definiciones que se hacen de la comunidad primitiva o del grupo apostólico, además de la conversión bautismal⁶⁴ encontramos ya los tres elementos que se harán clásicos como formas penitenciales.

—La oración (2,42 y *passim*)

—El ayuno (13,2; 14,23)

—La limosna, en forma de comunión de bienes (2,45).

El mensaje de conversión es el que Pedro proclama en Jerusalén-Pentecostés (2,14-36) ante la multitud con motivo de la cura-

63. En otros discursos (10, 43; 11, 18; 26, 20) tenemos la misma referencia a la conversión. El mismo mensaje aparece también en las consignas que el resucitado da a los apóstoles en Lc 24, 25-49, esp. v. 47; Jesús ordena que se predique en su nombre la conversión y el perdón de los pecados.

64. Sobre la conversión bautismal trata el Doc. *De reconc. et paen.* con el título «El Bautismo es el primer sacramento y el fundamento de la reconciliación» (p. 38). La sección concluye con estas palabras. «Es necesario que se considere convenientemente que del bautismo nace la penitencia cristiana puesto que en el bautismo el cristiano recibe «el don primario de la 'metanoia'»; además porque de ahí proviene la mayor gravedad que tiene el pecado cuando es cometido por la «nueva creatura» y también proviene el propio sentido y la propia fuerza de cualquier ulterior reconciliación recibida sacramentalmente». (p. 39).

ción del tullido (3,11-25), en Cesarea (10,34-43). Es esto lo que predica Esteban (7,1-54), lo que proclama Felipe al eunuco de Etiopía (8,26-40), lo que lleva Pablo a toda Asia menor: Antioquía (13,16-41), Listra (14,8-18, notar «volverse a Dios») y a Grecia hasta el corazón de Atenas (17,23-34), y lo que llevarán otros hasta Roma, a la que llegará también Pablo con el Evangelio.

La síntesis final de los Hechos. Allí estuvo predicando el evangelio, enseñando el Reino, dando testimonio de que Jesús es el Cristo, el Salvador, el Hijo de Dios, y confirmando con el don del Espíritu Santo a todos los creyentes.

La gran obra lucana (desde Jerusalén, toda Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra) presenta el ejemplo de una iglesia misionera que anuncia a todos el perdón de Dios, otorgado en Jesucristo, y la necesidad de convertirse de los ídolos al Dios verdadero creyendo en su enviado, su Hijo Jesucristo que es el Señor de todos (10,36).

3. *Reconciliación con Dios, pecado y conversión en la teología paulina de la justificación por la fe*⁶⁵

Entramos ahora en la concepción del otro teólogo del N.T. que, con San Juan, más ha profundizado en la obra y la persona de Cristo.

Para presentar este apartado de la teología paulina hemos preferido incluir una referencia a «justificación por la fe»⁶⁶. Esta doctrina, si no es la única y quizá ni siquiera la nuclear de Pablo en su formulación fundamentalmente polémica, sí es la más característica. Además otros aspectos de la teología del pecado y la conversión harían desviar excesivamente nuestro tema o son comunes con otras partes del N. T. Aunque no tendremos más remedio que hacer

65. Pablo emplea escasamente el término «convertirse». En un lugar clave (1 Tes 1,10) da una síntesis del contenido de la conversión predicada a los gentiles como «convertirse de los ídolos al Dios vivo y verdadero y esperar de los cielos a su Hijo que nos libra de la ira futura». Pero el hecho de que no emplee el término conversión, no significa que no tenga una doctrina sobre ello. Las ideas de justificación, paz, reconciliación, nueva creatura, morir-resucitar, etc., contienen una verdadera síntesis del contenido tanto negativo como positivo de la conversión cristiana.

66. Sobre la relación entre justificación por la fe y conversión puede verse F. AMIOT, *Ideas maestras de San Pablo*, Salamanca 1966, pp. 133 ss.

alusión a algunos de ellos tan interesantes como, v. gr., la creación del hombre nuevo en Cristo ⁶⁷.

Mérito indiscutible de Joaquín Jeremías, al menos como vulgarizador de esta doctrina ⁶⁸, es haber relacionado estrechamente la predicación paulina de la justificación por la fe con el amor justificante de Dios tal y como aparece en la predicación de Jesús, v. gr., en la parábola del fariseo y el publicano ⁶⁹.

En efecto, esta proclamación no es sino la aplicación postpascual del Dios-Amor misericordioso, tema del que Jesús hizo el corazón de su Evangelio. Ser justificado por la fe no significa sino creer en el amor de Dios que justifica al impío. Pablo lo ha comprendido en la entrega de Jesús como sacrificio de expiación por nosotros y en la donación del Espíritu de Dios como prueba de ese amor justificante. Dios nos ama hasta perdonarnos. Y Jesús es la prueba de ese amor. Jesús entregado por nosotros. Las perspectivas de la teología de la justificación y la reconciliación las vamos a tratar en tres documentos capitales: Segunda Carta a los Corintios, Carta a los Romanos, y Carta a los Efesios.

A) *Una síntesis del evangelio de la reconciliación en la segunda carta a los Corintios.*

Pablo trata en esta carta de defender su Ministerio Apostólico. Pablo es «sí» porque Cristo es el Amén de Dios, todas las promesas se han hecho Sí en El (1,20).

El ministerio del Nuevo Testamento es un ministerio de Gloria y de vida (comparado con el de Moisés) porque es Cristo, imagen de Dios, el mediador de esa nueva Alianza. En su rostro vemos el resplandor de la gloria de Dios que nos ha iluminado con la luz de la Redención, luz más esplendorosa que la luz de la creación (cf. 4,6).

Ese ministerio apostólico es un *ministerio de reconciliación* (cap. 5.º). Este pensamiento le lleva a desarrollar una maravillosa síntesis de la obra de la reconciliación. Si el ministerio apostólico

67. Cf. B. REY, *Creados en Cristo Jesús. La nueva creación en S. Pablo*, Madrid, FAX, 1968.

68. Cf. *Mensaje Central del Nuevo Testamento*, Salamanca, 1966, pp. 61-82 (ca. 3: La justificación por la fe).

69. «Tomar conciencia de la realidad del pecado en una vida constituye una condición preliminar de la conversión». J. GIBLET, *Péché* (a.c. en nota 2) col. 638.

apremia es que apremia el amor de Cristo, al considerar que, si uno murió por todos, es que todos estaban muertos. Aquél que murió y resucitó por ellos (5,15).

A continuación prosigue en una visión de conjunto de la obra redentora:

¹⁸ Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación.

¹⁹ Porque en Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación.

²⁰ Somos, pues, embajadores de Dios, como si Dios os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios (Dejaos reconciliar por Dios).

²¹ A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en El.

Pocas palabras tan apretadas para expresar el profundo misterio de la reconciliación del que vivimos.

Pecado y justificación se corresponden mutuamente. Nuestra justicia, nuestra justificación, dependen del sacrificio de Cristo hecho «Pecado por nosotros».

Un abrazo de Dios con el mundo pecador.

Cristo hecho pecado: sacrificio de propiciación por el pecado.

Cristo como un abrazo entre Dios y el hombre. El Sacrificio redentor de Cristo: su amor y su obediencia amorosa y dolorosa son los brazos de ese Dios que nos salva.

Un amor hasta el extremo de identificarse con el pecado. Un amor que perdona. Un amor que se hace reconciliación. La entrega de una vida que se hace reconciliación. Es ahí donde Pablo encuentra la esencia del ministerio apostólico, como una embajada de Dios que invita a dejarse reconciliar por Dios.

S. Pablo ha entendido, en primer lugar, la redención por Cristo como un acto de suma justicia ⁷⁰; no ciertamente de justicia vengado-

70. La importancia de nuestro texto en la teología católica sobre la reconciliación aparece por el empleo que de él hacen el Doc. *De reconc. et paen.*, n.º 20 (p. 26) y la Encíclica «Redemptor hominis» n.º 9. La teología protestante basó también en este texto principalmente la teoría de la sustitución penal.

ra, pero sí de justicia en cuanto satisfacción sustitutiva. Lo afirma en ésta y en todas las grandes síntesis sobre el misterio de la Redención, Jesús es, por ello, el sacrificio por el pecado. Pablo se refiere sin duda a la muerte de Cristo en cruz, como lo dice en otros muchos lugares y como se desprende del mismo contexto.

Aquí aparece también la dimensión penitencial de la vida cristiana ⁷¹.

El desarrollo teológico fundamental nos permite descubrir los elementos penitenciales e incluso de conexión léxicos del sacrificio de los cristianos y de la muerte al pecado de los cristianos. En nuestro pasaje de la 2.^a Carta a los Corintios se habla de la embajada de reconciliación: «Dejaos reconciliar por Dios». Esta reconciliación implica que «ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5,15), y el no recibir en vano la gracia de Dios (6,1). El apóstol enumera a continuación toda una serie de penalidades: unas, exteriores; otras, interiores, que constituyen el equipamiento del ministro ejemplar. Todas esas penalidades tienen una dimensión penitencial en el sentido de lucha contra el pecado y esfuerzo por la santidad. Un poco más adelante escribe: «Purifiquémonos de toda mancha de la carne y del espíritu consumando la santificación en el temor de Dios» (7,1).

Con la misma dialéctica de kénosis-fuente de justicia el Apóstol realiza otra síntesis genial.

Trata del tema de las colectas e invita a la generosidad. Y dice: «Conocéis bien la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, a fin de que os enriquecierais con su pobreza» (8,9).

«Se hizo pobre». Una frase tan general no sabemos dónde cuadra mejor: si en Navidad o en Pascua. Se hizo pobre, se despojó de su rango, se encarnó, nació en Belén, vivió pobre, se entregó en la Eucaristía, subió a la Cruz.

La colecta tiene su fundamentación cristológica en la generosidad de nuestro Señor Jesucristo ⁷². El se hizo pobre para que nos enriqueciéramos con su pobreza: Ricos en gracia, ricos en amor, ricos en justicia, ricos en santidad, ricos en paz, ricos en perdón, ricos en bendiciones (toda la clase de bendiciones, espirituales y celestiales).

71. Entendemos penitencia en sentido amplio tanto en relación con los propios pecados como en relación con los pecados ajenos por solidaridad. Cfr. nota 49.

72. Véase G. PANIKULAN, *Koinonia in the New Testament. A Dynamic Expression of Christian Life*, Roma 1979 (Analecta Bíblica 85) pp. 31-57.

Toda la riqueza de Cristo (en quien están todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia de Dios) ha pasado a nosotros gracias al despojo de Belén y de la Cruz, gracias a su sacrificio de obediencia y de amor, gracias a su comunión con nosotros, gracias a habernos querido representar presentándose ante el Padre como hermano nuestro.

En el pensamiento de Pablo, Cristo ha compartido con nosotros la dignidad del Hijo, la herencia del reino y de la vida eterna, porque ha querido compartir nuestra condición humilde de carne pecadora. Nos ha dado la vida por su muerte. Por ello es el amor que apremia.

La segunda Carta a los Corintios termina con una fórmula que ha pasado a saludo en la Misa. La gracia de nuestro Señor Jesucristo. El amor del Padre. La comunión del Espíritu Santo.

La expresión acumula todo el mensaje del amor gratuito de Dios, que se ha hecho salvación gracias a Cristo y mediante el don del Espíritu Santo.

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo: El torrente desbordante de su riqueza, de su vida, de su don, de su reconciliación, de su gloria, de su paz, de su persona, de su amor.

El amor del Padre: El Dios-Amor que nos ha hecho hijos suyos en el Hijo, que nos ha perdonado los pecados, que nos ha hecho justicia, comunicándonos su santidad. El amor del Padre. El Dios Amor.

La comunión (*koinonía*) del Espíritu Santo: El vínculo de amor en Dios, las entrañas de amor de Dios. La fuerza de aglutinación, de vida, de cohesión, de reconciliación, de paz, de unificación

B) *Pecado, justificación y dimensión penitencial de la vida cristiana en la carta a los Romanos*

Tras el solemne exordio, el Apóstol condensa su tesis: *En el evangelio* se muestra la justicia de Dios, su poder salvador, para salvación de todo el que cree, sea judío o griego⁷³.

La universalidad del Pecado

Esta tesis la va desarrollando Pablo presentando en primer lugar

73. En la misma noción paulina de Evangelio hay ya una idea de conversión. En efecto el evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree. Ahora bien esa fe es en relación con Dios que salva al pecador arrepentido (Rom 4,5 «justifica al impío»).

la inmensa necesidad de Cristo en el pueblo gentil, envilecido por sus vicios, y en el pueblo judío, condenado por la misma ley de que se gloría. *Romanos* 1-3 presenta a toda la humanidad encerrada en el pecado, privados de la Gloria de Dios ⁷⁴.

El mundo pagano (buscando ser sabios se hicieron necios, soberbia), se precipita en una multiplicación de pecados. A partir del desconocimiento de Dios o del falso conocimiento de Dios (el corazón apegado a ídolos que no son Dios), es culpable por no haberle dado gracias. Este falseamiento del verdadero Dios le lleva a la desfiguración de su imagen con la depravación moral consiguiente en la soberbia, impureza, idolatría, falta de justicia, de piedad y de amor. De ahí la fuerza demoledora del pecado en el hombre (ceguera, condenación) y en la sociedad: injusticia, engaños, odio, desintegración. Así se comprende por qué Dios envía a su Hijo. Porque el Evangelio es un don para el cambio del mundo en el verdadero conocimiento de Dios y en la restauración de la dignidad del hombre como imagen de su creador.

Y lo mismo que el pueblo pagano, también el mundo judío está, según Pablo, necesitado de redención y privado de la Gloria de Dios. La mayor capacidad de conocer que le ha dado la Ley se convierte en una acusación, puesto que, vendido por el pecado ⁷⁵ palpa su propia incapacidad de justificación.

La justificación por la gracia de Cristo

Pero este clamor de salvación ha tenido la respuesta divina en Cristo. En un lugar sumario (3,21-26) proclama la justificación por la fe, como fruto de la justicia de Dios que puso a Cristo como sacrificio de propiciación por su sangre.

²¹ «Ahora (*en el evangelio*) se ha revelado la justicia de Dios

74. El Targum palestinense tiene todo un theologumenon sobre los vestidos de Gloria. De ellos habrían sido vestidos Adam y sus mujeres (Gen 3,21). Los israelitas habrían recibido también adornos en la alianza con Dios. De ella habrían sido despojados después del pecado del becerro de oro (Jr I a Ex 33,6). Es muy verosímil que Pablo haga alusión a esta concepción con la expresión «privados de la Gloria de Dios». Cfr. nuestra obra *Gloria de la Schekiná en los targumim del Pentateuco*, Madrid, 1977, p. 104.

75. Los judíos, según Pablo, a pesar de juzgar a los paganos, se ven en la misma situación de irredención. ¿No cabe aplicar otro tanto a la situación pagana en que han recaído muchos cristianos?

(su voluntad salvadora) desbordando la economía de la ley, pero atestiguada por la ley y los profetas:

²² justicia de Dios por la fe en Jesucristo
para todos los que creen,
pues no hay diferencia alguna;

²³ todos pecaron y están privados de la gloria de Dios
y son justificados por el don de su gracia,
en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús.

²⁵ a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por
su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia,
pasando por alto los pecados cometidos anteriormente,

²⁶ en tiempo de la paciencia de Dios,
en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente,
para ser el justo y justificador del que cree en Jesús».

Pablo acaba de sintetizar una vez más el evangelio...

Anuncio de la justicia de Dios, del Dios Salvador, del Dios fiel,
del Dios-Amor misericordioso ⁷⁶.

Actuación salvífica desbordando los límites de la economía de la ley y por consiguiente universal.

Actuación salvífica gratuita, en virtud de la fe.

Inauguración de la economía de la fe: de la proclamación de la adhesión personal al Amor crucificado.

Actuación salvífica, por otra parte, que era la coronación de la ley y los profetas, la culminación de la obra de salvación.

Por Jesucristo, nuevo propiciatorio ⁷⁷. La simbólica del propiciatorio es aquí una variante del Cristo hecho sacrificio por el pecado, que hemos visto en 2 Corintios. En la 1 Ioh 2,2; 4,10 encontramos también: «El es (sacrificio de) propiciación por nuestros pecados».

El *caporet* (propiciatorio) es el lugar de la presencia divina, el lugar de la paz, de la reconciliación, el lugar de la remisión, de la

76. La reivindicación del concepto de voluntad salvífica incluido en el de «justicia de Dios» ha tenido entre los católicos un pionero en las obras de St. LYONNET, *Peché* en BBS 7 (1966). Cf. también *La notion de justice de Dieu en Rom III, 5 et l'exégèse paulinienne du Miserere*. «Sacra Pagina» (1959) 342-356.

77. Sobre la función expiatoria del propiciatorio, Cfr. St. LYONNET, *o.c.* en la nota anterior. Véase asimismo la recentísima obra de B. YANOWSKI, *Sühne als Heilsgeschehen*. (WANT 55) Neuchirchen-Vluyn 1982. La simbólica del propiciatorio es aquí una variante del Cristo hecho sacrificio por el pecado que hemos visto en 2 Cor 5, 19-21. En la 1 Jn 2,2: 4, 10 encontramos también el sacrificio propiciación por nuestros pecados.

expiación. Jesucristo es el verdadero propiciatorio en su sangre: Una fiesta se proclama. Una expiación universal, un jubileo total. Una fuente de pacificación, un lugar de acercamiento de cielo y tierra. Una renovación de Israel, una comunidad santa. Un pueblo de Dios. Una humanidad redimida y purificada.

*La Paz con Dios, fruto de la justificación:
La paciencia en la tribulación*

Tras el inciso del capítulo cuarto, que delimita la justificación por la fe presagiada en Abraham y cuyo acto culminante es la fe en Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, Pablo presenta en el capítulo 5.º una nueva síntesis del Evangelio (5,1-5).

¹ «Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, ² por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. ³ Más aún; nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia, la paciencia, virtud probada; la virtud

⁴ probada, esperanza; ⁵ y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado».

Podríamos decir que en este párrafo se encuentra la dimensión trinitaria de la Reconciliación y, a la vez, la fuente para la esperanza y fortaleza del cristiano en las tribulaciones. La paz con Dios, obra de Cristo mediador ⁷⁸. El don de la filiación divina, gloria y esperanza del cristiano. Situación de gracia inaugurada por Cristo. Justificación gratuita por la fe, por la comunión con el Hijo de Dios.

78. El Doc. *De reconc et paenit.* n.º 19 (p. 25-26) expone toda la obra de Cristo como una obra de Paz y Reconciliación. Véase más adelante el comentario de Efesios 2,14. Según el Documento esta obra tiene su origen en la misma unión del Verbo de Dios con la naturaleza humana tomada de la Virgen y tiene su cumbre en el misterio pascual de Cristo. La frase que emplea el documento «nostrae reconciliationis perfecta placatio et divini cultus nobis est indita plenitudo» tomada de *Sacramentarium Veronense* (ibid. p. 26) es una fórmula muy precisa. El término «placatio» no debe entenderse tanto de parte de Dios como de parte de la situación del hombre en cuanto cesa de su postura contraria a Dios y por consiguiente de estar mereciendo la cólera divina. Cfr. nota 102.

El amor de Dios, fuente de la redención: la redención de Cristo, el sacrificio del Hijo de Dios, la sangre derramada en el nuevo propiciatorio, sangre que es la expresión del amor y obediencia del Hijo, son a la vez la revelación, la comunión y la explosión del amor de Dios-Padre.

Y no podía faltar la presencia del Espíritu en esta obra. Ese amor del Padre se desborda, se derrama, se expende, se difunde mediante la donación del Espíritu Santo. Cristo ha dado su sangre para que nosotros recibamos el Espíritu. Del costado de Cristo abierto, nuevo propiciatorio, ha brotado la efusión del Espíritu. Del seno del Mesías muerto y resucitado han brotado los ríos del Espíritu para los creyentes⁷⁹.

De la obra de ese Espíritu nos ocuparemos en seguida.

El pecado original⁸⁰ y actual. Su fuerza mortífera y esclavizadora y la liberación por Cristo

A continuación Pablo trae un desarrollo midrásico en torno al tema Adam-Cristo.

Adam-fuente de perdición por la desobediencia.

Cristo, fuente de justificación por la obediencia.

La contraposición sirve de tejido de fondo y punto de partida a la profunda descripción de la obra libertadora de Cristo que es:

—Liberación del pecado y de la muerte mediante el bautismo, que nos asocia a la justicia de Cristo: a su muerte y su resurrección (6,1-23).

—Liberación de la esclavitud de la situación bajo la economía

79. Sobre el principio de amor derramado por el Espíritu Santo en nuestros corazones (Rom 5,5) como prenda y señal y causa formal de nuestra justificación puede verse Sto. Tomás *Summa Theologica*, I y. 43.

80. El Doc. *De reconc. et paen.* define (n.º 12, p. 16) así el concepto de pecado original primero con palabras del Const. pst. *Gaudium et Spes*, n.º 13; después hace una descripción combinando los datos del Gen 2-3 y de la invasión progresiva del pecado en el mundo Gen 4-8. Citando también Rom 8, 19-21 con Gen 3, 17-19 y resume todo lo dicho con estas palabras «La Divina revelación no nos enseña solamente acerca de este estado de pecado que aún cuando no provenga de la libre transgresión de los hijos de Adán, trae su raíz de la erección de la libertad humana contra Dios en los comienzos de la historia, por lo cual se llama pecado original...».

de la ley mosaica, cuya finalidad en el plan de Dios era la preparación de la venida del Evangelio (7,1-13).

—Liberación del cuerpo de muerte con sus concupiscencias carnales, mediante la gracia de Jesucristo (7,14-25).

¿Quién podrá librarme de este cuerpo de pecado? «La respuesta es la gracia de Dios por medio de Jesucristo».

El fin que terminaría con esta situación (preparatoria en el plan de Dios como un gran clamor hacia Cristo), ha llegado: Es Cristo. La ley del Espíritu que vivifica en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Puesto que lo que era imposible a la carne (obedecer a Dios y salir de su egoísmo mirando al hermano), Dios lo ha hecho posible. Enviando a su Hijo condenó el pecado en la carne, le dejó sin fuerza, hizo a su Hijo capaz de perdonarnos los pecados gratuitamente, para que la justificación de Dios pasase a nosotros que ya no caminamos según la carne, puesto que se nos ha infundido el Espíritu de Dios.

*El Hijo de Dios en carne semejante a la del pecado:
la liberación, por la ley del Espíritu*⁸¹

Aquí comienza el nuevo desarrollo (vuelo superior) del capítulo octavo (8,1-4):

¹ «Por consiguiente, ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús.

² Porque la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte.

³ Pues lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó al pecado en la carne, ⁴ a fin de que la justicia de la ley se cumpla en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el Espíritu».

Ninguna condenación. Eso significa que estamos reconciliados, estamos en paz. Este comienzo del capítulo se corresponde con el

81. Puede verse la obra colectiva *The Law of the Spirit Rom 7-8* (Monographic Series of «Benedictina» 6). Roma 1976.

final: el himno del desafío. En efecto, ¿quién condenará a los elegidos de Dios?

No el pecado, que ha quedado perdonado.

No Dios, que no ha perdonado (escatimado) a su propio Hijo.

No el Hijo, que se ha entregado por nosotros.

No el Santo Espíritu, que ha sido derramado en nuestros corazones.

No la muerte, que ha sido vencida.

Ninguna condenación, puesto que el pecado ha sido ya condenado en el envío del Hijo Encarnado, que ha condenado el pecado en su carne para darnos la justificación del Espíritu. La expresión de 2 Corintios: «al que no conoció pecado, le hizo pecado», ha buscado aquí una serie de matizaciones y precisiones pero con el mismo contenido.

Cristo ha tomado una carne solidaria con nuestra carne de pecado. Ha sido Cristo el que ha posibilitado nuestra reconciliación.

Nuestra situación presente es estar bajo la ley del Espíritu que da la vida, con tal de que no caminemos en la carne.

La dimensión penitencial de la vida cristiana está expresada en ese no vivir según la carne sino según el espíritu.

El capítulo 8.º termina con el himno del desafío como proclamación del Dios Amor Misericordioso, que no ha perdonado (escatimado) a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por nosotros. «Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (8,31).

La situación para con Dios nacida por el sacrificio de Cristo y la efusión del Santo Espíritu puede, pues, definirse del conjunto de Romanos 1-8 como:

Situación de reconciliación gratuita mediante la fe.

Situación de paz con Dios.

Situación de gloriarse con la conciencia de hijos de Dios.

Situación de liberación del pecado, de la muerte y de la carne.

Situación de seguridad, confianza y *parresía* en el

Amor de Dios manifestado en Cristo Jesús (nada podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús)⁸².

82. En la parte exhortativa (12,1 ss) el apóstol saca las consecuencias - exigencias en la unidad, caridad, especialmente con los débiles. en a unidad, caridad, especialmente con los débiles.

C) *Cristo, nuestra Paz, en la Carta a los Efesios*

En el texto que vamos a examinar la frase central es: «El es nuestra Paz». La Paz es el nombre bíblico de la reconciliación. Por eso vamos a destacar la importancia de esta expresión en el contexto de la carta. Así podremos comprender la íntima relación que hay entre la obra de reconciliación con Dios, realizada por Jesucristo, y la Paz entre los hombres, de la que Cristo es fuente y exigencia.

El solemne himno con que comienza la Carta a los Efesios es una *bendición a Dios*, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por la redención obrada en su Hijo amado, adquiriendo con su sangre un nuevo pueblo sellado con el don del Espíritu ^{82 a}.

Ese nuevo pueblo de Dios, *segullá* de Dios, formado de judíos y gentiles, llamado a la esperanza sublime de la filiación y herencia divinas, tiene su comienzo en Cristo resucitado de entre los muertos y sentado a la derecha del Padre en los cielos, y constituido Cabeza suprema de la Iglesia que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo.

El Apóstol, aquí como en la Carta a los Romanos, considera faltos de Cristo a todos, gentiles, muertos por los delitos y pecados, y judíos, sujetos también a la esclavitud de la carne, y añade:

⁴ «Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, ⁵ estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo —por él habéis sido salvados—, ⁶ y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (2,4-6).

He ahí el principio ⁸³. El Padre nos ha hecho una sola cosa con Cristo. Los que antes estaban lejos, extraños a la Alianza y a la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo, ahora están cerca por la sangre de Cristo:

82a. En este himno está ya contenido de alguna manera el tema de la reconciliación con Dios (Redención por su sangre con el perdón de los pecados) y con los hermanos (haciendo de los gentiles y judíos un solo pueblo). Y Cristo como principio de esa reconciliación: Cristo como Cabeza.

83. Un desarrollo paralelo tenemos en Rom 8,30 (llamó, justificó, glorificó). En Efesios las preposiciones *syn* dan un tono mayor de asociación del cristiano en la misma persona de Cristo.

- ¹⁴ «Porque él es nuestra Paz. El que de los dos pueblos hizo uno derribando el muro que los separaba, la enemistad.
¹⁵ Anulando en su carne la ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la Paz, ¹⁶ y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por medio de la Cruz, dando en sí mismo, muerte a la enemistad, ¹⁷ vino a anunciar la Paz; Paz a vosotros que estábais lejos y paz a los que estaban cerca, pues por él unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo espíritu (2,14-18)».

Las palabras «Paz» y «reconciliación», se alternan en una apretada síntesis: estar cerca en Cristo, igual a estar en Paz, haber sido reconciliado, haber sido derribado el muro de la enemistad.

El resultado es un hombre nuevo en Cristo. Hombre nuevo que brota y se realiza en la Paz y reconciliación con Dios y en la Paz con los demás, al hacerse un solo cuerpo por medio de la Cruz, en la que Cristo hace morir la enemistad gracias a un nuevo principio que es el del Amor. Paz, por consiguiente, puesto que en Cristo tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu: somos hijos y hermanos.

D) *Otras perspectivas paulinas sobre reconciliación, pecado y conversión penitencial*⁸⁴.

Sería demasiado prolijo examinar nuestro tema en todas las cartas de San Pablo. No obstante, debemos al menos indicar algunos temas de suma importancia.

— En la carta a los Gálatas, al exaltar la Cruz de Cristo como la verdad del Evangelio, Pablo saca la consecuencia de que su vida está clavada con Cristo en la Cruz (2,19). Después aplica esta doctrina a los que son de Cristo y que han crucificado su carne con sus pasiones y vicios (5,24)^{84a}.

84. El apóstol sacará en la segunda parte de la carta (4,1 ss) las dimensiones del misterio y las exigencias-consecuencias del amor cristiano a ejemplo de Cristo.

84a. La matriz de todo ello está en la predicación sobre Cristo Crucificado que «me amó y se entregó por mí» (2,20). También la Encarnación tiene una dimensión redentora. «Cuando llegó la plenitud de la Ley envió a su Hijo nacido de mujer, sujeto a la ley para que recibiéramos la adopción de hijos» (4,4).

— En la carta a los Filipenses encontramos un desarrollo sobre la comunión con los padecimientos de Cristo. Pablo tiene como ideal el configurarse a la muerte de Jesucristo para compartir también su resurrección (3,8-13). Un poco más adelante, en una pincelada breve, define a los enemigos de la Cruz de Cristo con estas gráficas palabras: «cuyo Dios es el vientre y su gloria sus vergüenzas» (3,19).

— En 2 Cor 4,10 Pablo afirma: «siempre llevamos en nuestro cuerpo la Cruz (muerte) de Cristo para que su vida se manifieste en nosotros»⁸⁵.

Síntesis de la visión paulina de reconciliación, pecado y conversión

El don de la tarea del cristiano en su relación con el pecado se puede expresar en los siguientes puntos:

a) El don.

Pablo exalta la misericordia de Dios, que justifica al pecador. El don es la justificación, la reconciliación, la paz. El don supremo ha sido Cristo, que es nuestra salvación, nuestra justicia, nuestra redención, nuestra sabiduría (cf. 1 Cor 1,30).

b) La tarea.

La tarea del cristiano es desarrollada por Pablo en las partes exhortativas de las cartas⁸⁶. Pero, también en las partes dogmáticas, como hemos visto, se insertan referencias significativas. A manera de resumen, podemos indicar lo siguiente:

— Ser cristiano significa respetar el propio cuerpo como templos del Espíritu Santo. En la 1.^a carta a los Corintios compara el pecado de los cristianos con el atentar al templo de Dios⁸⁷.

85. Aunque sería imposible repasar todos los lugares paulinos sobre la reconciliación, pecado y conversión no podemos dejar de recordar también la maravillosa síntesis sobre la Cruz de Cristo como Sabiduría redención y justificación en la Carta a los Corintios y en la segunda parte el himno de la Caridad que expresa la meta positiva de la conversión (convertirse al amor cristiano).

86. Véase supra notas 82 (Romanos) y 84 (Efesios).

87. Recuérdese lo que esto significaba para un judío, v.gr. La profanación del templo por los Macabeos o la acusación de los judíos a Pablo de que había profanado el templo introduciendo a un gentil.

— Ser cristiano significa haber muerto al pecado con Cristo. Es decir, no vivir ya para la carne para cumplir sus apetencias, sino mortificar la carne con sus apetencias y pasiones y vivir para la justicia.

— Ser cristiano significa abandonar las tinieblas de una vida lujuriosa, orgiástica, desenfrenada (no reine el pecado en nuestros miembros) y vivir en la luz que ha amanecido con el evangelio, con Cristo, con el Bautismo. Ello significa: Preservarse de los vicios de los gentiles, de los que Pablo trae un extenso catálogo y de los que declara «no heredarán el reino de Dios». Luchar contra el pecado. Precaverse de los vicios de los israelitas en el desierto. Renunciar a las obras de la carne que el Apóstol describe profusamente.

— Ser cristiano significa dejar de tener como dios al vientre y como gloria las propias vergüenzas, cuyo fin es la muerte. En cambio, significa vivir la santificación en la pureza, cuyo fin es la vida en Cristo Jesús (cf. Rom 6,20-23).

— Ser cristiano significa no vivir ya para nosotros mismos, complaciéndose en buscar nuestro propio interés (porque Cristo no buscó su propia complacencia), sino vivir en la verdad, en el amor, vivir para los demás, realizar la imagen del hombre nuevo creado por Dios en la justicia y santidad verdaderas.

— Ser cristiano significa estar crucificado con Cristo, estar escondido con Jesucristo en Dios, llevar la mortificación de Jesús.

— Ser cristiano es despojarse del hombre viejo en vicios y pecados, y revestirse del nuevo.

A la luz de estos principios podrá comprenderse cómo la teología paulina del pecado y la conversión entraña una renovación del mundo pagano y judío, una nueva fuente de vida mediante la fe e incorporación a Cristo Jesús, recibiendo el don del Santo Espíritu que nos aglutina en la Iglesia, comienzo de una nueva humanidad que cada época está llamada a vivir en el amor, a vivir en Cristo, a vivir las exigencias de su bautismo.

Nota adicional sobre la carta a los Hebreos

La carta a los Hebreos contempla la posibilidad de pecado,

no ya en relación con los que todavía no han conocido a Cristo, y pueden cerrarse (o no abrirse) al evangelio (los filósofos por no encontrar una sabiduría a su medida, los judíos por el escándalo de no querer reconocer el fracaso de su interpretación de la ley al condenar como maldito a un inocente). La carta a los Hebreos contempla a los que habiendo recibido el evangelio y gustado el don de Dios, vuelven a caer en la apostasía. A ellos les dirige una grave exhortación: Se quedan «ya sin sacrificio por el pecado» (10,26)⁸⁸. El autor indica que no hay otra revelación del amor misericordioso fuera de Cristo.

No podemos dejar de mencionar también estas dos expresiones del autor:

— «Salgamos con él fuera del campamento llevando su ignominia» (13,13). Con ello se entiende el compartir los padecimientos de Cristo.

— «Aún no habéis luchado hasta la muerte» (12,4). El combate del cristiano tiene que caracterizarse por la paciencia, a semejanza de Cristo que, no obstante habersele propuesto el gozo, prefirió la Cruz (12,2)⁸⁹.

4. *Reconciliación, pecado y conversión en los escritos de San Juan.*

A) *El Cuarto Evangelio*

El evangelista Teólogo, en su intencionada reducción a lo esencial, sintetiza en una visión de águila los grandes temas del mensaje cristiano⁹⁰.

88. Véase A. VANHOYE, *La structure littéraire de l'épître aux Hébreux*, Desclée de Brouwer 1976. Pone ante los ojos que aquí se trata de carencia de sacrificios (de la antigua ley) por el pecado (pp. 172-179). Por nuestra parte pensamos que el autor habría podido decir «Dado que el sacrificio de Cristo es único, es imposible que los cristianos tengamos ya anualmente el día de la expiación».

89. La expresión «trono de gracia» de 4,16 ¿contiene una alusión a Jesús nuevo propiciatorio? En ese caso tendríamos una coincidencia con las perspectivas de Rom 3, 21-26; 8,31s (intercede por nosotros) y 1 Jn 2,2 (abogado y propiciación) y 4,1s (propiciación por nuestros pecados). La unidad del Nuevo Testamento queda una vez más confirmada.

90. Dentro de la Escuela de Juan el Apocalipsis presenta también una urgente llamada a la conversión. En las cartas se repite por seis veces el mensaje *meta-*

a) *El misterio del redentor*

La revelación del Dios amor aparece ya en 1,14, cuando llama al Verbo encarnado «lleno de gracia y de verdad». Pero la manifestación cumbre del Dios Amor se ha realizado en la exaltación del Hijo del Hombre: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito para que todo el que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna» (3,16). La encarnación de ese amor es Jesucristo. En la última Cena se expresa la obra redentora como fruto de ese amor: «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (15,13). Esa donación de la vida es la redención. Por ello, El es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (1, 29-36); y, como tal Cordero, se cumple en El la profecía: «no le quebrantarán un hueso» (19,36)⁹¹. El costado abierto es un símbolo expresivo de ese amor divino del que brota la redención⁹².

b) *El pecado filiación diabólica*

El pecado es considerado en el cuarto evangelio como esclavitud, como filiación diabólica (8, 31-36), como ceguera (9,40), como preferir las tinieblas a la luz y apego a las propias obras malas (3, 20-21), como preferir la gloria de Dios a la gloria de los hombres (5,44).

La advertencia de Jesús: «moriréis en vuestro pecado (8,21), es el correspondiente joánico de las parábolas del «demasiado tarde».

En el discurso con motivo de la curación del ciego de nacimiento, se condena la postura de los que dicen «vemos». El pecado fundamental es no abrirse a Cristo luz, reconociendo la propia

noeson (2, 5, 16, 21-22; 3, 3, 19). También como estribillo se repite el reproche «no se convirtieron» (16, 9-11). La obra redentora de Cristo aparece en una serie de síntesis «nos has lavado de nuestros pecados con su sangre» (1,5). La parte positiva se expresa con las palabras «has hecho de nosotros un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra (cfr. 1, 6; 5, 9-10).

91. La imagen del Cordero probablemente se debe a la asociación de sacrificio expiatorio a Cfr. F. M. BRAUN, *Jean Le Theologien* II, Paris, 1964, pp. 69-86.

92. La expresión «mirarán al que atravesaron» contiene probablemente también una alusión al espíritu de gracia y de compunción que Dios dará al pueblo según Zacarías. Sobre este pasaje y su alcance véase nuestro artículo. «*Y al instante salió sangre y agua*» (Jn 19,34). *El costado abierto y su dimensión cristológica y soteriológica* en E. VEKEMANS (Ed.), *Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús*, Bogotá, 1982.

ceguera. La conversión sería abrirse a la luz. Por ello se ha dicho que en Juan no hay otro pecado que la incredulidad. La frase no es correcta, pero tiene gran acierto en un punto: Creer en Cristo es la postura radical para renunciar al propio pecado.

En una frase sintética el prólogo nos describe el rechazo de Jesús con estas palabras: «vino a los suyos y los suyos no le recibieron» (1,10-11).

Por ello el Espíritu de verdad acusará al mundo de un *pecado*: de no haber creído en Cristo, en el amor que se entrega; de una *justicia*: de la justicia de Cristo, que ha amado hasta el sacrificio; y de una *condena* del príncipe de este mundo, del egoísmo, del amor propio (16,8).

c) *El Nuevo Testamento y la Conversión*

Aunque Juan no utiliza el término conversión, emplea equivalentes sumamente expresivos: Nacer de nuevo o nacer de lo alto (3,3-7); venir a la luz (3,21); creer (6,35); obrar la verdad (3,21), etcétera. Conocer la Verdad, ser liberado por la Verdad, por el Hijo (8,31-36).

El amor es la meta de la conversión: «amaos los unos a los otros como yo os he amado» (13,34-35). El lugar central que ocupa el mandamiento nuevo en la doctrina de Jesús resume toda la línea de la conversión cristiana.

Ser cristiano, ser discípulo de Jesús, es amar como El ha amado, hasta dar la vida.

Este es el testimonio cristiano. Como Cristo, el cristiano ha nacido para ser un testigo de la verdad, del amor, de la revelación de Dios en Cristo, amando en servicio humilde hasta el lavatorio de los pies, amando hasta dar la vida por todos. La obediencia amorosa al Padre y el servicio humilde y amor sacrificado a los hermanos, es la síntesis de la vida de Cristo y se propone como síntesis de la vida del cristiano.

d) *El perdón de los pecados concedido a la Iglesia*

Finalmente, el cuarto evangelista es el que nos ha descrito con más detenimiento la escena de la concesión del perdón de los pecados a la Iglesia por parte de Cristo (20,19-23). Es una aparición ofi-

cial en que el Crucificado-Resucitado comunica el Espíritu Santo a la Iglesia, y pronuncia estas palabras: «a quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados, a quienes se los retuviereis, les serán retenidos»⁹³.

La Iglesia, en diversas maneras y según las circunstancias, ha sido siempre consciente de ese don singular recibido del Divino Esposo y lo ha administrado tanto gratuitamente en la renovación bautismal, como onerosamente en el Instituto Penitencial (Sacramento del Perdón)⁹⁴.

e) *Dimensión penitencial*

Quizá el lector del evangelio de Juan se pregunte si cabe una dimensión penitencial dentro de su proclamación. Es cierto que el evangelista prefiere hablar de los grandes principios de la vida cristiana, pero ¿acaso no tiene una dimensión penitencial el mandato del lavatorio de los pies? (13,1-20). ¿Acaso no tiene una dimensión penitencial el imitar a Cristo en su entrega, como un grano de trigo que cae en la tierra? ¿Acaso no tiene una dimensión penitencial «amar como El ha amado»? Por lo demás el evangelista, con palabras de Jesús, advierte de las persecuciones a que se verán sometidos los discípulos y anuncia a Pedro el sacrificio con que «había de glorificar a Dios» (21,19).

B) *La primera carta*

A la luz de los principios evangélicos que hemos visto en el apartado anterior, es como el mismo evangelista ha escrito su primera carta que los modernos estudios exegéticos presentan como un catecismo de la primera comunidad hecho a base de palabras de Jesús en la tradición Joánica⁹⁵.

93. Véase R. BROWN, *The Gospel according to John* (Anchor Bible n.º 29 A), New York 1970, pp. 1.036-1.045.

94. Tertuliano es un ejemplo ya clásico de la doble postura. En el *De penitentia* expone todos los argumentos bíblicos que sostienen el Instituto penitencial. En cambio al hacerse montanista, escribe el tratado *De Pudicitia* en que refuta todos estos argumentos.

95. Véase nuestro artículo *El origen de las fórmulas rítmicas antitéticas en la Primera Carta de Juan*. Miscelánea José Zunzunegui V (Estudios Bíblicos) Vitoria 1975, pp. 221-244.

La teología de la misericordia divina y la conversión, en la primera carta, parte de las proclamaciones fundamentales o faros de claridad con que se designa a Dios: Dios es luz (1,5), Dios es justo (2,29), y Dios es Amor (4,8-16)⁹⁶.

Veamos ahora cómo, a base de estos principios focales, el autor estructura su teología.

a) *El primer ciclo de la carta (1,5-2,28)*

En esta primera sección predomina la idea de Dios luz, Jesucristo luz por el Amor, el Santo Espíritu Unión de Verdad; por consiguiente el Cristiano debe vivir en la Luz. El evangelista aborda nuestro tema describiendo una doble postura falsa: No reconocer el propio pecado, o desalentarse ante la realidad del propio pecado. La postura auténtica implicará un doble movimiento: Reconocerse pecador, y confiar en el Amor Misericordioso.

En esta doctrina tenemos de nuevo una síntesis del Evangelio, tal y como lo hemos visto en la predicación de Jesús sobre el amor misericordioso y en la teología paulina de la justificación por la fe. Detengámonos algo más en el desarrollo que hace el Apóstol.

Necesidad de reconocerse pecadores. Otra postura es una mentira.

La proclamación inicial del Mensaje cristiano, en este primer ciclo, es la revelación de Dios-Luz.

«Y este es el mensaje que hemos oído de El y que os anunciamos: Dios es Luz y en El no hay tiniebla alguna» (1,5).

96. En la conciencia del Redactor de la Carta debe estar desde el mismo comienzo el derás sobre Caín (hijo del Diablo) y sobre Abel el justo. Ya algunos autores habían hecho notar este punto. En un trabajo que tenemos en elaboración esperamos mostrar que toda la Carta está generada por la contraposición Caín y Abel. Caín es pecador y no quiere confesar su pecado. Abel es justo y su sangre clama venganza (en contraste con la sangre de Jesús que clama perdón). Pero a la vez quizá se refleja la idea de que el sacrificio de Abel prefiguraba ya los sacrificios expiatorios. Dios ofrece a Caín perdón si reconoce su pecado puesto que en El hay poder para perdonar y remitir. También la cotraposición Luz y Tinieblas podría haber tenido una matriz generadora en la idea de Samael (Dios ciego) padre de Caín.

A continuación el autor va describiendo en forma de consecuencia la postura falsa y la postura auténtica⁹⁷.

La postura falsa para con el pecado está expresada en tres sucesivas fórmulas de pronunciación de juicio, que comienzan con la expresión: «Si decimos». Son los versos 1,6. 8.10.

He aquí la primera formulación:

«Se decimos que estamos en comunión con El y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad» (1,6).

Afirmación cargada de consecuencias. En ella se nos define implícitamente el pecado como «caminar en las tinieblas». Esta definición tan gráfica se aclarará en seguida como vivir en el odio. Pero la frase en su conjunto encierra una consecuencia de mayor alcance. Puesto que Dios es Luz, la comunión con Dios (ser cristiano significa estar en comunión con Dios) no puede ser compatible con una vida en las tinieblas. La fórmula primariamente tacha como postura embustera y falta de sinceridad (no obrar conforme a la verdad) la postura gnóstica, tan frecuente y repetida en la historia, y especialmente en⁹⁸ nuestros días, del que no se reconoce pecador, de los que dicen «no tenemos pecado». De los que no quieren comprender que ser cristiano, profesarse discípulo de Cristo, decir que se está en comunión con Dios, entraña la exigencia de un comportamiento moral, de una vida en luz, de una vida en el amor verdadero. El que dice que está en comunión (se profesa cristiano) y camina en

97. He aquí cómo se estructura esta sección (2, 5-2, 2)

- Principio (1,5)
- Postura falsa (1,6)
- Postura correcta (1,7).
- Postura falsa (1,8)
- Postura correcta (1,9).
- Postura falsa (1,9)
- Postura correcta (1,10).
- Exhortación (2, 1-2).

98. Sobre los errores gnósticos que se condenan en la carta véase R. E. BROWN, *The Epistles of John* (Anchor Bible 30), New York 1982, pp. 59-65. Las aberraciones morales de las sectas gnósticas aparecen ya descritas y condenadas en las cartas del Apocalipsis (2, 14.20). No quiere decir que todo el gnosticismo haya estado lacrado con las manchas morales. Pero el desprecio sistemático de la materia lleva como una venganza secreta en los excesos de la impureza. Puede verse, aunque en fecha algo posterior, los ataques de la secta representada por el escrito de la Pistis Sophia, contra los libertinos de la secta, a los cuales se les reserva especiales tormentos en la escatología (n.º 147).

las tinieblas, dice S. Juan con palabras de Jesús, miente, no es sincero, está bajo el dominio de la mentira, porque un compromiso, una exigencia, una tarea de la comunión con Dios-Luz es romper con las tinieblas.

La segunda fórmula, que empieza también con la expresión «si decimos», es la siguiente:

«Si decimos 'no tenemos pecado' nos engañamos y la verdad no está en nosotros» (1,8).

Es la postura de no reconocer el propio pecado. El juicio del Apóstol es una afirmación tajante, paralela a la de San Pablo, de que «todo lo encerró Dios bajo el pecado» (Rom 3,19), o la del mismo Juan: «todo el mundo está bajo el maligno» (1 Ioh 5,19). La afirmación es rotunda: si no reconocemos el propio pecado, nos engañamos, estamos ciegos, la verdad no está en nosotros. Porque la verdad es que somos esclavos, si Cristo no nos libera (Ioh 8,31 ss.).

La tercera formulación: «si decimos», remacha la misma idea:

«Si decimos 'no hemos pecado', le hacemos mentiroso y su Palabra no está en nosotros» (1,10).

Le hacemos mentiroso porque todo está bajo el pecado, porque Jesucristo ha venido a salvar a los pecadores. Si decimos: «No hemos pecado», decimos que no necesitamos Salvador y nos ponemos fuera de la órbita de salvación. En ese caso, su palabra de amor, su palabra de misericordia, su palabra de luz, no está en nosotros. Porque nos situamos en la esfera de los sanos y de los justos, y El ha venido para los enfermos y para los pecadores.

En síntesis, no reconocer el pecado o creer que se está en comunión, caminando en tinieblas, es una postura hipócrita y cierra la puerta al acto inicial de la fe, que es creer en el Dios Amor misericordioso; es no reconocer la necesidad del Evangelio, es no creer la necesidad de la salvación de Cristo. Es estar ciego, es mentir, es engañarse, es estar fuera de la verdad de Dios, es estar fuera de la Palabra de Dios⁹⁹.

99. Dado el carácter pastoral junto al dogmático, del Simposio en el que se publica el presente trabajo quizá no sea inoportuna la siguiente reflexión. Así como no sería pastoral ver pecado donde no lo hay, así tampoco es pastoral no verlo donde está. Los partidarios de una moral sin pecado se cierran la puerta al corazón del evangelio, no porque el evangelio se complazca y se base en la maldad del hombre y presuponga una visión pesimista, sino porque el evangelio es la revelación

Vivir en la Luz, reconocerse pecadores y confiar en el Amor misericordioso: postura auténtica

La postura auténtica del cristiano en relación con el pecado, se expresa en forma de antítesis con la postura falsa que hemos enumerado en el párrafo anterior. También aquí encontramos tres oraciones condicionales: «si caminamos en la Luz» (v. 7), «si reconocemos nuestros pecados» (v. 8 y 10). Veamos cómo define esta postura S. Juan.

«Pero si caminamos en la luz, como El está en la luz, estamos en comunión unos con otros y la sangre de su Hijo Jesucristo nos purifica de todo pecado» (1,7).

Así como en la fórmula de 1,6 se tachaba de mentira al que dice que está en comunión con Dios y camina en tinieblas, se afirma ahora que, si caminamos en la luz, estamos en comunión unos con otros¹⁰⁰.

Una proclamación grandiosa en v. 7b. Si caminamos en la luz, como El está en la luz, la sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado. Caminar en la luz será, pues, estar en la luz como El está en la luz (lo que se definirá más adelante como amar), y ello significa estar en comunión unos con otros. La proclamación: «y la sangre de su Hijo Jesucristo nos purifica de todo pecado», implica dos cosas: que la luz nos hace reconocernos pecadores, como se dirá más adelante (1,9), y que la limpieza del pecado es obra de la sangre de Cristo. Solamente limpios por la sangre de Cristo, podemos estar en comunión.

La sangre de Cristo es la fuente de la comunión con el Padre y con los hermanos.

La sangre de Cristo es la que puede limpiar y soldar esa ruptura de la comunión que establece el pecado.

En nuestro verso 1,7b se afirma, pues, que Jesús es Luz y fuente de limpieza.

del pecado y esa revelación del pecado del hombre (del egoísmo, del odio, del desamor) es una gracia en cierto modo previa o simultánea al anuncio de la oferta del perdón. El que rehusa ver el pecado donde está y así lo enseña, se hace guía de ciegos, se engaña y miente.

100. Lógicamente se esperaría que el autor dijera «estamos en comunión con El». La sorpresa que nos causa encontrar la expresión «estamos en comunión unos con otros» viene a decirnos que la comunión con Dios se traduce en comunión con los hermanos.

Una nueva insistencia en la postura auténtica tenemos en el verso 9:

«Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonar nuestros pecados y purificarnos de toda iniquidad».

«Si reconocemos nuestros pecados». Es la postura del publicano del Evangelio. Reconocer el pecado es el dolor de no haber correspondido, es el amor arrepentido. Es el: «He pecado». Ha faltado al amor. Estoy manchado. Me entrego al amor misericordioso. Fiel y justo es El. Es la definición de Dios de toda la Biblia¹⁰¹. Misericordia y salvación. El Dios perdonador, el Dios que purifica.

Reconocerse pecador es abrirse a la luz, a la comunión con Dios-Luz ,abrirse a Dios Misericordia-Amor-Salvador, es el movimiento de la conversión cristiana.

El «pedir» perdón abre las puertas de la comunión.

El pedir perdón es solicitar de nuevo la comunión. Y convertirse según este contexto es abrirse a la verdad, a la sinceridad, a la Palabra (cfr. por contraposición a 1,8.10), es abrirse a la comunión de unos para con otros (cfr. contraposición a v. 7).

Es dejarse limpiar por la sangre de Cristo, lo que supone la fe en El, la participación en su Bautismo y en la penitencia.

Dejarse limpiar por la sangre de Cristo (frase estrictamente sacramental) es la única forma de que la redención nos alcance.

La sangre de Cristo es fuente de purificación y de unión.

La sangre de Cristo purifica al que se acerca a la luz.

Un abogado ante el Padre

Esta sección de la primera carta termina con una exhortación que es de nuevo el corazón del Evangelio:

«Hijos míos os escribo esto para que no pequéis; pero si alguno peca tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados» (2,1-2).

La verdadera postura ante el pecado no es ignorarlo, pero tampoco desalentarse. Desalentarse sería despreciar el amor redentor de

101. Véase A. Díez MACHO, art. cit. en nota 10.

Cristo, el amor misericordioso. Sería no confiar. A ello le llama el Apóstol en otro lugar «el pecado para la muerte». La verdadera postura, el centro de la predicación cristiana sobre el Pecado y la conversión, es invitar a no pecar, pero añadiendo la proclamación de que existe un remedio para el pecado. Llegamos aquí a lo que hemos dicho en el apartado de la predicación de Jesús y en el apartado de San Pablo. Jesucristo Abogado¹⁰². El es justo¹⁰³ y justificador. Jesús defendió siempre a los pecadores. No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores. Sus parábolas de la misericordia lo prueban (Lc 15). Más aún, está vivo para interceder por nosotros (Hebr 7,25; Rom 8,27). Jesucristo es el Abogado del pecador. Si nuestra causa está en sus manos, está en buenas manos. Es la víctima de propiciación (2,2; 4,10). En la cruz, en la Eucaristía, en los demás sacramentos, en el cielo. Pontífice fiel y misericordioso¹⁰⁴.

El autor volverá, dentro de este mismo ciclo, a dar una pincelada sobre el pecado. En 2,11: «El que odia a su hermano, está en las tinieblas, camina en las tinieblas, y no sabe a dónde va porque las tinieblas han cegado sus ojos».

El amor del mundo y el Amor del Padre

En una sección de tipo exhortatorio el Apóstol habla del poder esclavizante del amor del mundo:

¹⁵ «No améis al mundo ni lo que hay en El, si alguno ama al

102. En la expresión «Jesucristo Abogado ante el Padre» hemos de evitar la idea de un Padre airado al que Jesucristo tiene que aplacar al precio de su sangre. Podría en ese caso dar la impresión de que Jesucristo es el Dios perdonador y el Padre el Dios cruel. Estaríamos cerca del error de Marción y de algunas corrientes gnósticas. La expresión «Jesucristo abogado» tiene un sentido legítimo cuando se refiere a la defensa que Jesús ha hecho en el evangelio (ante escribas y fariseos y murmuradores). En ese sentido es el representante del Dios amor misericordioso. En cuanto a la expresión «Jesucristo abogado ante el Padre» o «intercesor ante el Padre» creemos que debería entenderse de la siguiente manera: Tenemos a alguien que nos es propicio, Jesucristo el que está ante el Padre como con ofrenda agradable permanente. Véase supra nota 78. También creemos que debe descartarse el hecho de que nos defiende ante el Padre en contraposición del diablo que nos acusa.

103. Cfr. 2,29. Cada vez son más los autores que piensan que el segundo ciclo de la Carta empieza en 2,29 (en vez de 3,1).

104. Heb 2,17 y Rom 8,33. Véase supra nota 102 y 78.

mundo no está en El el amor del Padre, ¹⁶ y todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, es del mundo y no es del Padre, ¹⁷ y el mundo pasa con sus concupiscencias, pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre» (2,15-17).

Síntesis de toda la enseñanza apostólica que se fundamentaba en las palabras de Cristo, el autor describe la triple concupiscencia como otros amores que el del Padre, otros amores que se convierten en ídolos y que en otro lugar llama amor de las tinieblas (Ioh 3,19). Allí se nos indica que el amor a las tinieblas lleva consigo algo inconcebible: el odiar la luz, el odiar la verdad, la ceguera voluntaria (Ioh 9,41).

b) *El segundo ciclo de la Carta (2,29-4,6)*

La Primera carta vuelve sobre el tema del Pecado en el segundo ciclo centrado en la idea de Dios-Justo; o, lo que es lo mismo, en torno a la exigencia de «Vivir como hijos de Dios». El don está expresado en el inmenso amor del Padre, cuya prueba es que «no sólo nos llamemos sino que seamos hijos de Dios» (3,1). La tarea es vivir como tales hijos. Por ello el pecado va a aparecer en esta sección como un abandonar la filiación divina y vivir la filiación diabólica. Jesucristo aparece como modelo del hijo: puro, limpio, sin pecado. Por ello el apóstol deduce:

«Todo el que tiene esta esperanza en sí mismo, se purifica como El es puro» (3,3).

Más aún, El ha venido para quitar los pecados del mundo y en El no hay pecado.

El pecado como iniquidad y como filiación diabólica

El Apóstol, en un primer desarrollo, relaciona pecado con iniquidad:

«El que comete el pecado, comete la iniquidad, puesto que el pecado es iniquidad» (3,4).

También aquí la palabra se toma de la tradición evangélica: «apartaos de mí los que obráis la iniquidad» (Mt 7,23). Pero «áno-

mos» y «anomía» tienen aquí un sentido diabólico, como aparecerá enseguida. El anticristo es el «sin ley». El pecado es *anomia*¹⁰⁵, desobediencia al Padre. El pecado es ruptura de relaciones filiales para con Dios, de la comunión con Dios-Padre, con Dios-Amor.

Así se comprende la terrible frase del Apóstol:

«El que peca no le ha visto ni conocido» (3,6).

Y un poco más adelante especifica:

«El nacido de Dios no peca, porque su germen (la Palabra de Dios) está en El y no puede pecar porque ha nacido de Dios» (3,9).

Para el Apóstol el pecado es irreconciliable con nuestra condición de hijos, santos e inmaculados en su presencia en el Amor. Siendo hijos y debiendo estar en comunión con El, debemos permanecer en El; y el pecado es *separarse*, romper la comunión.

Alguien podría pensar que esta doctrina está en contradicción con la exhortación que hemos visto más arriba: «Si alguno peca, tenemos un abogado», pero no hay tal contradicción. Lo que aquí dice el Apóstol es que el «don» es la invitación más fuerte hacia la conversión. El que se une a Dios, el que vive de su Palabra, el que ha nacido de Dios, tiene fuerzas para no pecar. Porque mayor es el que está en nosotros que el que está en el mundo.

La culminación de la teología del pecado y la teología de la conversión la ha hecho el apóstol San Juan al llamar al pecado «filialidad del diablo»:

«Quien comete el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio» (3,8).

En cambio, afirma que el que obra la justicia ha nacido de Dios, y termina con una pincelada genial:

«En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del diablo: Todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano» (3,10).

En el tercer ciclo no se habla del pecado. En el Epílogo se ordena rogar por los pecadores que no pecan para muerte.

105. Véase I. DE LA POTTERIE, «*Le péché, c'est l'iniquité*» (1.ª Joa., III 4), *Nouv. Rev. Théol.*, 78 (1956), pp. 785-797. Esta opinión es compartida también por St. LYONNET, *Péché*, DBS 7 (1966) col. 493.

La conversión al Amor: Creer en el Amor

En el tercer ciclo de la Carta (4,7 - 5,12), San Juan parte del principio focal «Dios es Amor» (4,8.16). De ahí saca las consecuencias de que ser cristiano es «Creer en el Amor» (4,16). Jesucristo es la encarnación de ese amor Misericordioso. El es la propiciación por nuestros pecados (4,10) y el Salvador del mundo (4,14). Esa fe en el amor es dinámica: lleva a amar también a Dios y al hermano. En una de las síntesis de cristianismo más breves de todo el Nuevo Testamento se nos dice: «Hemos recibido de El este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (4,21). Ser cristiano es convertirse al Amor.

CONCLUSIÓN

Para el conjunto del Nuevo Testamento, desde la predicación de Jesús hasta las síntesis teológicas de Pablo y Juan, el comienzo y contenido del Evangelio consiste en la revelación de Dios como Amor misericordioso, que ofrece el perdón e invita a convertirse al hombre pecador.

La primacía la ocupa la revelación del Dios Amor y de la obra redentora. En la predicación de Jesús, esto aparece con la idea central del reino y del Dios Padre, de las parábolas de la misericordia. En la doctrina de la Iglesia primitiva se comienza a proclamar que Dios se ha mostrado Salvador en la muerte y resurrección de Cristo.

A la vez el Evangelio es la revelación del pecado del mundo, del alejamiento de Dios, de no reconocer en los demás hombres a hermanos.

La conversión cristiana tiene como nota distintiva el aceptar el perdón de Dios otorgado en virtud de la muerte redentora de Cristo y de su resurrección y realizado por el don del Espíritu Santo en la Iglesia. Parte pues, de la fe en Cristo y en la Iglesia fundada por El. Incluye ciertamente la sustancia del mensaje profético de la conversión y es continuación y actualización de la proclamación de Jesús en su ministerio público. Su originalidad es la óptica de la Cruz-Resurrección como acontecimiento salvador. Así entendida la conversión cristiana contiene una dimensión penitencial negativa: ruptura con el pecado, dolor y arrepentimiento de los propios peca-

dos; y una dimensión positiva: Renovación de la alianza con Dios y conversión al Amor. Esta dimensión Penitencial se especifica también como seguimiento a Cristo en su lucha contra el pecado y en su sacrificio expiatorio (tomar la Cruz con Cristo), y en una vida nueva como la de Cristo: en obediencia amorosa al Padre y en servicio humilde y amor sacrificado a los hermanos.

En los sacramentos cristianos por voluntad de Cristo, es donde se aplica al pecador el beneficio de la muerte de Cristo. La conversión cristiana es obra de la gracia de Cristo por el ministerio de la Iglesia.

La conversión cristiana tiene una primera realización en el bautismo: Fe, arrepentimiento, sacramento, purificación y recepción del don del Espíritu Santo, promesas y compromisos bautismales de una vida nueva en Cristo.

Una segunda realización es el sacramento de la reconciliación: Fe, arrepentimiento, confesión a la Iglesia, absolución y satisfacción. Segunda tabla de salvación, en la que se aplica a los caídos después del bautismo el beneficio de la muerte redentora de Cristo.